



Publicado por:

Nova Casa Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2016, **Manuel Revilla Peñaranda**

© 2016, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

**Joan Adell i Lavé**

Coordinación

**Daniel García P. | Claudia Márquez**

Portada

**Manuel Revilla Peñaranda | María Alejandra Domínguez**

Maquetación

**Daniela Alcalá**

Impresión

**QP Print**

Revisión

**Claudia Márquez**

Ilustración de portada

**Amparo Madera Albors**

Fotografía de solapa

**Juan José García Fernández**

Ilustraciones interiores

**Manuel Revilla Peñaranda**

Primera edición: **Diciembre de 2016**

Primera reimpresión: **Febrero de 2017**

Depósito Legal: DL B 25893 - 2106

ISBN: 978-84-16942-18-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Manuel Revilla Peñaranda

# Valores y Reinos

Parte I

Nova Casa Editorial



*A mis hermanas*

*A mis padres*

*A todas las personas que en algún momento de la vida  
se cruzaron conmigo y, para bien o para mal,  
me hicieron ser como soy*



# Índice

La Leyenda	9	21	269
1	33	22	279
2	47	23	289
3	67	24	309
4	79	25	323
5	87	26	331
6	95	27	347
7	111	28	355
8	121	29	369
9	133	30	381
10	141	31	391
11	151	32	399
12	161	33	409
13	169	34	423
14	183	35	427
15	193	36	439
16	219	37	465
17	227	38	477
18	239	39	493
19	249		
20	259	Lista de personajes	513



# La Leyenda

**E**ste texto intentará explicar a las generaciones venideras la historia de la humanidad, para que entiendan de los grandes hechos que ocurrieron desde el origen de nuestro mundo hasta nuestros días. Pues ellos han de conocer por qué la tierra donde nacen está sumida en la guerra, y por qué su vida está destinada a una lucha sin descanso hasta que mueran.

No es otra la misión de los que de letras saben, que rescatar de las memorias de los hombres tan importantes acontecimientos y no permitir que en el olvido caigan. Y para ello me he dedicado durante muchos años a reunir, allá donde las hubiere, las reseñas que de nosotros hablasen, para con paciencia y dedicación hilarlas en el tiempo en busca de su sentido y plasmarlas en las hojas en busca de su conservación.

Aunque las historias contadas de padres a hijos que he oído y los legajos y pergaminos que he leído, difieren mucho unas de otras según vengan del Este o del Oeste, escribiré a continuación la historia finalmente recopilada, habiendo en ella muchos huecos de sucesos que se han perdido para siempre, por no haber existido un hombre que los registrase. También he intentado extirpar aquellas

historias que, por ser contradictorias, me han parecido falsas y lejanas a lo sucedido, pues quiero que esta historia tenga mucho de realidad y de verdaderos hechos que pasaron.

Según la tradición, en tiempos inmemorables existía un gran astro llamado Séril, que se desplazaba a gran velocidad por la inmensidad del Universo. Todo en él era energía y nada materia. Rayos, fuerzas y magia convivían en esa extraña estrella de luz y oscuridad. Fue una casualidad que nuestro mundo se encontrara en su camino, ya que en aquellos tiempos flotaba estático en el espacio. Isi, como fue llamado, era una gran bola de tierra y agua, que aún siendo fecunda en sus entrañas, en su exterior no había ni movimiento, ni vida. El choque que un día ocurriese tuvo que ser de magnitudes tremendas, pues del impacto, Séril se partió en dos, formándose los astros que ahora conocemos. El astro llamado Harún, ardiente e imperecedera bola de fuego amarillo, que nos trae el día, y el astro llamado Serón, oscura bola de fuego negro que absorbe la luz de su hermano, trayéndonos la noche. Estas dos esferas de magia nacidas tras la colisión, quedaron girando alrededor de nuestro mundo en puntos opuestos, de tal manera que, cuando vemos una, la otra queda por detrás de nosotros y al contrario. Nunca coinciden.

Si graves fueron las consecuencias sobre Séril, más terribles fueron sobre la inmóvil y calmada Isi. Removidos por el gran choque, los aires se agitaron con violencia formándose los huracanes y los vientos, que todavía recorren los cielos. Las aguas se elevaron hasta ellos formándose las nubes y provocando las tormentas que aún nos azotan. Los mares se estremecieron en terribles olas y mareas sin que encontrasen ya descanso. Y las tierras temblaron y se abrieron, y de su interior brotó su sangre, que era fuego y sus heridas jamás se cerraron. Pero lo más importante fue que al romperse Séril, decenas de miles de partículas de energía salieron despedidas en todas direcciones cayendo al mar, a las montañas y a las llanuras,

creándose la vida. Como si de semillas se tratase, sobre la fértil Isi las partículas germinaron, poco a poco, en los lugares donde se habían ido depositando, dando lugar a las distintas especies que pueblan hoy el mundo, extrayéndose al fin el poder que ocultaba Isi, llamado naturaleza. Dependiendo del contenido de las partículas mágicas que cayeron y el lugar donde se depositaron, nacieron los dos reinos vivos; el reino vegetal, con los árboles y los arbustos, las flores y las hierbas; y el reino animal, con los que viven en el mar y nadan, y con los que viven en la tierra y corren o vuelan.

Pero las semillas de Séril contenían mucho más que la energía para crear la vida en Isi y hacer nacer a los seres, también les otorgó a estos su esencia.

Séril contenía las dos fuerzas que rigen el Universo, llamadas Bien y Mal. Estas fuerzas son totalmente opuestas y se repelen y difícil es que nuestra mente comprenda el inmenso poder que debió de tener Séril para mantenerlas juntas. Al separarse ese astro, sus fuerzas y poderes también lo hicieron. Así que en Serón se concentraron las fuerzas de Mal y en Harún las del Bien y el poder que albergaron es tal, que sus influjos se sienten en Isi desde entonces, mientras cruzan el cielo en su órbita de Este a Oeste.

Pronto el mundo, viejo en el tiempo, estuvo lleno de seres para los cuales era nuevo e inexplorado. Y pronto fue también cuando las diferentes especies, según su esencia, se sintieron identificadas con una de las fuerzas que les llegaba, tomándola para que les guiara. De esta manera, animales y plantas iniciaron su camino y mientras desarrollaban en mayor o menor medida su capacidad para dominar las fuerzas, se expandieron paulatinamente, durante siglos, por las tierras y los mares.

El nacimiento del ser humano fue una excepción entre los seres, ya que una vez se hubieron separado los astros hermanos de luz y de oscuridad, se desprendió un último pedazo de Harún, que chocó

con otro de Serón, fundiéndose los dos por las terribles tormentas que azotaban Isi, antes de caer a tierra. Este insólito hecho otorgó a la especie que nació de esa unión, a nuestra especie humana, el que pudieran convivir en su interior las dos fuerzas y manifestarse ora una, ora otra. Ninguna otra especie tuvo jamás duda alguna de a qué fuerza seguir, causando esto en el hombre un gran conflicto en su interior, pues debía desobedecer su esencia y escoger uno de los poderes, intentando ocultar y reprimir al otro. Todas las especies se desarrollaron rápidamente adaptándose a su entorno, pero nuestros antepasados, aplacados por el conflicto de las dos fuerzas no lo hicieron, pues sintieron insalvables sus desventajas frente al resto de seres. El ser humano no podía volar, correr o nadar como los otros, ni siquiera tenía la misma fuerza que animales mucho más pequeños que él. El sentimiento de inferioridad que tuvieron les llevó a vivir durante muchos siglos escondidos en las montañas, en la profundidad de sus altas cuevas, temerosos y menguados, mientras que otros seres levantaban sus civilizaciones y dominaban gran parte de Isi. Así que, aunque en principio los hombres convivieron con las dos fuerzas ecuanimes, los sentimientos que les hacían verse inferiores dieron paso al miedo y al odio, hasta que acabó por imponerse en su esencia, generación tras generación, el Mal.

Con la llegada del Mal al ser humano, este dejó de respetar y amar a las criaturas que eran más poderosas que él, desviando el curso de su antigua vida. En esos años de etapa oscura, el ingenio y la astucia cobraron vital importancia, y gracias a la envidia que sentían los hombres de otras especies, llegaron a crearse sorprendentes utensilios para poder llegar a tener ellos también, sus avanzadas habilidades. Fueron los años del despertar. Los hombres comenzaron a estudiar la naturaleza y el poder que había en ella, y dedicaron muchos esfuerzos a dominar las energías de los astros, surgiendo así, para los humanos, los inicios de la magia.

Aunque los hombres no tuvieran razón para sentirse amenazados hasta la extinción, construyeron las primeras armas para defenderse y atacar. La espada, el hacha y el arco fueron los símbolos del gran cambio que se estaba produciendo en nuestra especie, pues el hombre dejaba de compadecerse de sí mismo y utilizaba su ingenio para abrirse un hueco entre las criaturas poderosas, rompiendo así su papel en el orden creado.

Y llegó el día en el que creyeron que debían partir, abandonar sus cuevas y extenderse por la tierra. Durante años algunos clanes familiares tímidamente así lo intentaron, encontrándose, nada más bajar de las montañas, terribles criaturas que les impidieron el paso. Pero no había vuelta atrás. El hombre había decidido que ya solo tenía un camino.

Y surgieron entonces los grandes conquistadores. Hombres valientes y gloriosos que decidieron enfrentarse a todos los peligros, conquistar nuevos territorios y poblar la tierra, creando un nuevo estilo de vida.

Uniendo en torno a sí a los distintos clanes de las montañas, como nunca jamás antes se hubiera hecho, formaron lo que serían sus pueblos, y portando con ellos las armas que habían desarrollado, se prepararon para su viaje. Partieron poco a poco y de uno en uno los conquistadores con sus pueblos, desde sus montañas hacia lo desconocido, en busca de un nuevo hogar. El Mal empujó a esos valientes por pantanos y llanuras, les dio fuerza para hacer frente a los peligros que se encontraron y avanzar, a pesar de sus miedos, sin preocupación por dejar atrás a los débiles ni a los caídos. Pero muchos de los pueblos a los que el Mal había dejado profunda huella en el corazón quisieron en su viaje dar prueba de su valor, cometiendo con su soberbia y sus armas asesinatos sobre las criaturas. Y muchos hallaron horribles finales. En cambio, los pueblos a los que el Mal no había llegado a afectar en demasía, dominaron sus miedos

y pasaron por los campos y los bosques respetando a los demás seres, sin uso de las armas, recibiendo el mismo trato. Los pueblos se asentaron finalmente en los lugares remotos a donde llegaron y de los pocos clanes que los formaban, paulatinamente crecieron llegando a crear a lo largo de los años, populosas aldeas. Los conquistadores dieron a conocer al mundo la raza humana que, desde entonces, no sería jamás olvidada.

Al asentarse, la mentalidad y la actitud de los hombres cambiaron progresivamente. Tras haber pasado años de caminos y penurias, desearon tener nuevamente un refugio estable y empezaron a construir las primeras casas con barro y madera, diferentes y lejanas de las cuevas a las que nunca volverían. En aquel tiempo en el que el reino vegetal lo dominaba todo, para la comunidad humana la tierra se convirtió en una fuente de riquezas. Los hombres comenzaron a trabajar en los bosques y los campos e iniciaron los albores de la agricultura, que les permitió tener excedentes de alimentos. Con ellos pudieron pasar los inviernos y, lo que fue más importante, mantener alimentado a su ganado, sin necesidad de salir a cazarlo, ni seguirlo en sus migraciones, prescindiendo poco a poco de los cazadores. Los recursos aumentaron, los asentamientos se mantuvieron seguros y la población creció, teniendo consecuencias inmediatas en la conducta de los pueblos. Sin la necesidad de desplazarse y habiéndose hecho un hueco en aquellos territorios, las gentes dejaron de seguir al más fuerte y comenzó la decadencia de los guerreros. Y con su decadencia llegó el olvido del conocimiento metalúrgico sobre armas, aprendido en las montañas. Los metales tan solo fueron utilizados para los trabajos del campo, reduciéndose su uso a la fabricación de aperos. Los ancianos fueron respetados por su sabiduría y los hombres sensibles volvieron a descubrir la magia, hasta entonces solo conocida por los viejos sabios que quedaron en las montañas. Los hombres se percataron de que

otros seres, como las hadas, habían usado la magia casi desde que aparecieron en el mundo, siendo en aquellos días ya muy poderosas. Y aunque era rara la vez que se mostraban ante un humano, algunos hombres las conocieron y aprendieron grandes misterios de ellas.

La tendencia pronunciada hacia el Mal se fue apagando lentamente y surgió un nuevo amor por las tierras conquistadas y los seres que habitaban en ellas. El hombre convivió en paz durante muchos años, y los pueblos de los grandes conquistadores prosperaron formando extensas provincias, en las que una aldea principal gobernaba a las demás con justicia y sabiduría, llegando a convertirse con el paso del tiempo en una ciudad. Cada provincia era liderada por un anciano al que elegían en asamblea como gobernante, que permitía, con sus conocimientos y experiencia, vivir en orden a sus gentes. Se practicaba el trueque entre las diferentes provincias con los excedentes de la ganadería y el cultivo de cereales. Había una moderada explotación de los bosques pues se mantenía un rico intercambio de mercancías con las especies que vivían en ellos como los gnomos y los enanos. El estudio de los astros y su poder evolucionó mucho y pronto se hizo corriente ver la figura de los magos, tratando de ayudar con sus hechizos, pócimas y artefactos a los campesinos con sus problemas. Y del estudio de la naturaleza aparecieron los primeros monjes, sus grandes defensores. Hombres de bien que se propusieron encontrar el lugar ideal de los humanos en el orden natural de Isi, y para ello se dispusieron a recorrer la tierra, conviviendo con los demás seres y comenzando nuevas relaciones que pudieran ser beneficiosas para ambos. En su camino construyeron los monasterios, lugares de fraternidad entre especies, en los que los monjes humanos residían y daban gracias a la naturaleza por los bienes para vivir.

Pero el Mal que había estado dormido durante largos años en el corazón de los hombres, fue despertando otra vez cuando este se

sintió seguro y confiado. Los gobernantes de mentes frágiles, no pudieron evitar que el poder que les otorgaban sus gentes les afectara y comenzaron a enriquecerse y aprovecharse de los más débiles. La envidia que sentían de otras provincias por sus mayores riquezas y recursos, les hicieron desear que sus ciudades fueran las más poderosas de todas. Establecieron leyes opresoras para con los suyos y promulgaron otras basadas en su desconfianza hacia los demás. Se corrompieron a sí mismos arrastrando a sus pueblos con ellos, en un irracional odio hacia seres de su misma raza. Se produjeron muchas riñas entre aldeanos de distintas provincias por engaños en los trueques. Los aldeanos se dejaban al placer del vino, y la violencia se apoderaba de ellos hasta el punto de pelearse entre sí sin ninguna razón, provocando refriegas entre vecinos. Algunos magos, guiados por perversos seres, comenzaron a estudiar la magia negra, provocando mucho mal a la gente con sus actos. Los hombres se tornaron agresivos, innobles y desconfiados y volvió a ellos la soberbia. Olvidando que en muchos casos el esplendor de los humanos se produjo gracias a que otros seres lo permitieron, como obsequio a que los conquistadores respetaron el orden natural, los hombres empezaron a realizar cacerías de vigorosos y robustos animales, sin otro motivo que glorificarse por ello. Esto implicó que empezaran a ser atacados por las criaturas de su especie, que con furia clamaron venganza. La unión de todos estos hechos pronto hizo surgir un malestar general entre toda la raza humana. Los hombres se sintieron desprotegidos frente a los peligros y surgió un nuevo tipo de construcción, realizada en piedra y situada en zonas estratégicas a la que llamaron castillo, y los rodearon con altos muros para defenderlos, al igual que a las aldeas y ciudades. A pesar de que dolió mucho a las personas de bien, los gobernantes, cegados en su poder, recuperaron las armas que habían permanecido escondidas desde que se formaran las primeras aldeas y las mostraron a los otros líderes,

dispuestos a utilizarlas. Todavía no se había producido ningún enfrentamiento grave entre humanos, pero flotaba en el aire el Mal y la situación se volvió frágil, sin que los monjes de los monasterios pudieran hacer nada por impedirlo. Solo faltaba una persona que encauzara esa fuerza para que todo se desbordara. Y entonces nació Khron.

Engendrado por padres humanos en una de las provincias del Oeste, desde niño supo cómo controlar ese poder oscuro que habitaba en todas partes y era usado en pequeñas cantidades. Su extraordinaria sensibilidad a la magia y su habilidad innata para controlarla le llevaron pronto a descubrir que si toda esa fuerza se agrupaba, podía llegar a ser muy poderosa. Khron comenzó a manipular a las personas de su aldea con engaños y mentiras, provocando mucho daño entre ellas. Se hizo cabecilla en su adolescencia de un grupo de jóvenes a los que había derrotado con su fuerza y convencido para que se unieran a él en una lucha contra sus enemigos. El gobernador de la provincia, acobardado por el poder de Khron, optó por congraciarse con él y le tomó junto a su grupo a su servicio, para que actuaran frente a los que intentaran hacerle daño. Así, amparados por la ley de su señor, Khron y su grupo arrasaron varias aldeas, de las que se decía que estaban estafando a la capital de la provincia, y mataron a las personas que no toleraban la opresión, sembrando el terror. Todavía era posible parar a este joven que ponía en peligro la paz, pero varios magos vieron en él su brazo diestro; un líder para realizar las ideas de dominio que en sus mentes florecían. Tomáronle como discípulo y enseñáronle muchas artes y poderes para que fuera más fuerte y conseguir de esta manera sus planes. Pero Khron era especial, uno de esos seres que nace cada mucho tiempo. Tenía una capacidad y un poder mental superior a todos ellos y pronto el discípulo fue maestro y los magos que pensaron que solo era un bárbaro, fueron aniquilados por sus manos, dejándole muy

poderoso. La expulsión del gobernante y de toda su corte de magos y soldados no se hizo esperar. Imponiéndose él por la fuerza como señor de la provincia, estableció para su gobierno sus propios valores, consiguiendo arrastrar con ellos a las gentes. Enérgico y astuto, oprimió a los más sabios para que le enseñaran sus conocimientos, convirtiéndose en un gran hechicero, además de ser ya un despiadado guerrero. Por aquel entonces, fuerte, temido y con un gran ejército detrás, no hubo hombre capaz de detenerle. De todos los lugares comenzaron a seguirle los humanos que albergaban un gran odio hacia los demás, permitiéndoles Khron que lo liberasen a su servicio, tornando así el corazón de su señor más negro de lo que nunca estuvo en ningún ser. Khron dominaba la fuerza del Mal a su antojo e hizo grandes alianzas con los orcos, seres que habían aceptado en su nacimiento este poder para que los guiara, llegando a ser también una poderosa especie. Los orcos sucumbieron al poder mental de Khron y cayeron bajo su dominio, al igual que otras criaturas débiles que adoraban al Mal. Con la ayuda de sus seguidores, derrotó y unificó con gran facilidad las provincias de los alrededores, y se proclamó rey, jurándole todas ellas fidelidad y vasallaje. Asentando su reino sobre sus sólidos ideales, se propuso unificar toda la tierra conocida, sin que ya nadie pudiera impedirselo. Fue el inicio de una nueva era.

Para emprender su plan y tener siempre protegida la retaguardia, mandó construir la mayor fortaleza jamás vista. Una edificación de piedra que nacía en las faldas de las montañas Finales y crecía apoyada sobre ellas hasta alcanzar casi la cima. Esta fortaleza se situó sobre los cimientos del antiguo castillo de la provincia, para que la gente viera y supiese que él era ahora el rey y que las antiguas leyes humanas ya no valían para nada. Con su base en el extremo Oeste, emprendió su campaña hacia el Este apoyado por los pueblos orcos del Sur y en unos pocos meses llegó a la gran cordillera

Amintalia, que separa la tierra conocida desde la cordillera Blanca en el Norte hasta los barrancos de Omarión al Sur. Amintalia formaba una gran muralla natural solo partida por un gran paso al Norte, cercano al lago Wax. Allí en aquel paso, Khron se detuvo tras violentos años de campaña, levantó un puesto defensivo y regresó al Oeste para dominar todo su reino, formado ya por veintiuna de las cuarenta y seis provincias creadas por la raza humana, en los territorios por los que se extendieron.

Se dice que durante los años de calma, Khron se dedicó a profundizar sus conocimientos de la magia con el fin de descubrir la esencia de la misma. Y que su búsqueda tuvo un inesperado y grandioso fruto, pues descubrió la esencia del tiempo y con ella elaboró su poderoso hechizo de la inmortalidad. Un hechizo que utilizó sobre sí mismo para poder vivir para siempre, pues su cuerpo no envejecería ni se vería afectado por la decadencia que los años traían. Desafiando así a la muerte, y viendo el provecho de controlar la magia de Serón, creó una nueva escuela de magos con poderes extremos llamados nigromantes. Hombres a los que inició en el dominio del poder oscuro para que combatieran a su lado, confiado en que ninguno de ellos podría seguir jamás el complicado camino hacia la vida eterna.

No se sabe con exactitud la fecha, pero por la misma época del nacimiento de Khron nacieron también cuatro seres excepcionales: un hombre, un águila, un lippi y un lobo. Los cuatro tenían un gran don, el de comprender el significado de las palabras Justicia, Respeto, Valor y Humildad. Maestros de las fuerzas del Bien y visionarios del esplendor de las civilizaciones unidas y en paz. Crecieron cada uno en distintos y lejanos territorios, y llegados a la juventud se decidieron a peregrinar, para erradicar los brotes de maldad entre sus congéneres y ayudar a otras especies, aprendiendo con ello su lenguaje y sus costumbres. Un día quiso el azar que se encontrasen en un cruce. Cada uno de ellos venía de sus viajes muy cansado

y no sabiendo en ese momento a dónde dirigirse, descansaron allí y contáronse su misión en la vida. Alegráronse de haberse encontrado, al saber que todos buscaban lo mismo y decidieron unir para compartir todos los conocimientos que habían aprendido. Desde ese día recorrieron juntos su camino que les llevó por muchos lugares combatiendo el Mal, hasta acabar en las provincias del Oeste. Arrastrados por Khron hacia el Este en su conquista de nuevas provincias, vieron con dolor cómo el Mal se apoderaba ahora de las personas que antes habían sido buenas, como si de veletas se tratase, tornándose de dirección ante un nuevo viento. Impotentes ante el avance del rey humano, atravesaron el paso Norte de la cordillera Amintalia junto con miles de humanos que huyeron de sus provincias. Tuvieron la muerte y el horror pegados a sus espaldas. Mas todo pareció acabar, al detenerse Khron en el paso y volver al Oeste, haciendo sentir a los cuatro seres un gran alivio. Poco a poco se recobró la tranquilidad y con ella los huidos se asentaron y reemprendieron sus nuevas vidas. Los cuatro seres retomaron sus intereses por la magia, y habiendo descubierto los demás el arte de volar gracias al águila, decidieron usar sus poderes para construir una plataforma en el cielo y estudiar así, con tranquilidad y detenimiento, los grandes misterios que envolvía el Universo.

Pero pasados los años de calma, Khron empezó su nueva campaña para arrasarse la extensa y llana zona del Este y sus huestes cruzaron el paso entre las montañas, al que llamaron Punta de Ariete. Por el Norte entraron cientos de humanos y orcos que se encontraron de frente al ejército, formado por la coalición de las provincias humanas del Este. En la batalla de la Esperanza, como fue llamada, tuvo lugar el enfrentamiento más grave y duro acontecido hasta entonces, en el que cientos de humanos combatieron por primera vez entre sí. Humanos y orcos luchando contra humanos por conquistar y por no ser conquistados.

Finalmente, tras un intenso combate, las huestes de Khron vencieron a las tropas del Este. La derrota provocó que el terror y la desesperación se apoderaran de los vencidos, que huyeron hacia el Sudeste en busca de protección. Entre ellos se encontraban los cuatro seres que nada habían podido hacer en aquella batalla, en la que murieron muchos hombres buenos. El lobo, el lippi, el hombre y el águila tenían poderosa magia, pero no la utilizaban para matar, sino que con ella intentaban retornar a las criaturas a la paz y a la cordura, pero su acción fue en vano. La derrota del ejército de la Esperanza les hizo retirarse a su estancia en el cielo muy apenados. Nadie pudo frenar la época de barbarie que llegó por el Norte. Resulta imposible explicar el exterminio que se produjo entre seres humanos, pues en otras especies, aunque hubieran tomado el Mal como fuerza interior, jamás se había llegado a cometer actos tan salvajes como los que realizó Khron con sus rivales.

Las huestes de Khron llegaron hasta el bosque de Dana y persiguieron a sus enemigos hasta el mar, pero pocos eran ya los que huían, porque casi todos los humanos orientales habían sido muertos o sometidos bajo el poder de su nuevo amo. Solo los seres que tenían un corazón puro llegaron hasta la meseta elíptica, su último refugio, asustados y no pudiendo creer que el destino les hubiera reservado ese final. Sobre la meseta, de unas decenas de metros de altura y unos cientos de metros de longitud, había un monasterio abandonado. Una estructura vacía y desolada en un tiempo en el que los monjes habían perdido todo significado, pues la paz había pasado a ser una idea descabellada. Subidos a la meseta, alrededor del templo, se encontraron un millar de personas: niños, ancianos, mujeres y hombres que, desconsolados, empuñaban sus espadas para luchar por sus vidas. Los soldados de Khron se aproximaron, rodearon la meseta y saboreando la victoria, aguardaron en la proximidad de sus laderas esperando a que su general diera la señal para el ataque. Los timbales

del ejército de Khron no dejaron de sonar durante horas, retumbando su cruel golpeteo en kilómetros a la redonda. La desesperación se apoderó de los sitiados. La oscuridad envolvió la zona al aparecer la negra figura de Serón por el Este y ese fue el momento elegido por Khron para iniciar el ataque final. Los hombres habían cercado el monasterio con antorchas y se habían atrincherado tras sus ruinosos muros con nulas esperanzas de resistir a ver un nuevo día. Las mujeres, abrazando fuertemente a sus hijos, se apiñaron en torno al altar y recordando un antiguo canto de los monjes, con el que se reconocían hijos de la naturaleza y se ofrecían a lo que esta les deparara, entonaron un miserere para darse fuerzas. Paulatinamente, se unieron a sus cánticos los niños, los ancianos y los hombres, mientras esperaban en sus puestos alrededor del monasterio para defender a sus familias. Sus voces llegaron hasta los cuatro seres quienes no pudieron contenerse más y lloraron amargamente, pues todo había llegado demasiado lejos. Si morían esas personas, el Mal dominaría eternamente a los hombres, pues Khron era inmortal. No esperarían más. Si la naturaleza les había dotado de poderes, los usarían para derrotar al Mal aunque tuvieran que matar en la lucha y romper con sus principios. El cántico recorrió sus cuerpos, estremeció sus corazones y les proporcionó la gran fuerza que necesitaban para afrontar su terrible decisión. Cerraron los ojos para concentrarse en su poder y al abrirlos, pudieron ver cómo brillaban sus cuerpos y cómo su magia alcanzaba niveles nunca antes vistos. Usaron el hechizo más poderoso e importante de todos los que conocían: la Creación. Y crearon unos seres cuya misión fuera salvar a las criaturas buenas que estuvieran amenazadas por el Mal. Decidieron ponerles el cuerpo del hombre, por su gran movilidad, el águila les dotó de unas poderosas alas para que pudieran volar, el lobo les cedió su fuerza y su valentía y el lippi, su inteligencia y agilidad. La nueva criatura surgida fue llamada Ángel y al menos diez millares fueron creados en tres categorías.

Centenares de soldados oscuros escalaron las laderas gritando y blandiendo sus armas y, lanzados a la carrera, los más raudos pronto se encontraron a escasos metros del monasterio, vislumbrando tras los muros de piedra a aquellos a los que debían matar cuando, de repente, el fuego de las antorchas se apagó. Unos vientos fortísimos empezaron a soplar, rodeando la meseta y nublando el cielo. Un sonido atronador acalló los gritos y las percusiones. Las nubes comenzaron a moverse en direcciones anormales entre larguísimos y retorcidos rayos que iluminaban constantemente el cielo. Y a través de su intermitente luz se pudo observar que las nubes iban adquiriendo velocidad mientras giraban alrededor del templo, formando una descomunal espiral sobre él. Los soldados de Khron quedaron mirando atónitos este fenómeno, mientras que los refugiados cantaban todavía más fuerte, sintiendo que algo iba a ocurrir. De pronto, un finísimo rayo de luz bajó desde el centro de la espiral de nubes, y con gran estruendo, atravesó el techo del monasterio y penetró entre las losas del suelo. Entonces hubo un gran temblor de tierra, los ríos empezaron a desbordarse y las olas del mar golpearon con furia las costas. Grandes grietas se formaron al moverse las colinas de alrededor, por las que algunos soldados cayeron. El rayo de luz, que podía ser visto a decenas de kilómetros de distancia, comenzó a ensancharse en su base, formando un cono cuya pared de luz abrasó a todo ser maligno al que tocó, reduciéndolo a cenizas, hasta que envolvió completamente la meseta y en ese momento el cielo se abrió. Y allí, en las alturas, en el espacio que había abierto el cono de luz entre las nubes, en un nivel inferior pero a decenas de metros de altura, los perseguidos pudieron ver miles de ángeles formando un extenso círculo, armados con espadas y armaduras de un metal muy reluciente. Por encima de ellos y en un segundo círculo más pequeño que el anterior, otros cientos de ángeles armados con un arco cada uno, apoyaban en sus labios largas y rectas tubas de oro cargadas de

gran poder. En un tercer círculo todavía más alto, decenas de ángeles portaban estandartes mientras que otros, con ondulantes capas rojas y enormes espadas, se identificaban como generales. Y por último, por encima de todos ellos, cuatro puntos luminosos y extremadamente brillantes, que cegaron al instante a las criaturas oscuras que los miraron.

El gran estruendo que provocaron las tubas de repente, hizo que todo el territorio que había alrededor de la meseta se hundiera muchos metros en el suelo, dejando a esta como una montaña de cima plana. Los soldados oscuros rodaron por el suelo con los oídos tapados con las manos, ya que el sonido de los instrumentos musicales volvió locos a muchos de ellos, haciéndolos lanzarse a los barrancos. Los ángeles salieron del cono a una señal de los cuatro seres, con un gran zumbido, llenando el cielo. Los hombres malvados sintieron el grandísimo poder que les rodeaba y algunos lanzaron sus armas prometiendo no volver a luchar, por lo que sus vidas fueron respetadas; otros muchos murieron de miedo y, los demás, fueron muertos, atravesados por las espadas de los recién llegados. Los hombres buenos nada tenían que temer, pues habían venido a librarles de su destino; un destino de esclavitud, sufrimiento y muerte. Los ángeles atacaron con ira a las tropas de Khron, aniquilándolas en gran parte y liberando a la meseta de su amenaza. Solo Khron y unos pocos pudieron huir.

Pero la ofensiva no se paró allí, sino que durante las siguientes semanas los ángeles fueron avanzando por donde Khron había llegado, eliminando la maldad de los territorios. Y todo aquel que abusó de los débiles probó en sus carnes el poder de la Justicia. Los ángeles eran capaces de ver el color del corazón de los seres, eliminando así a su paso a todos los gobernantes corruptos, y devolviendo la paz a los perseguidos pueblos, hasta llegar a la cordillera Amintalia.

Mas, al cumplir su deber de eliminar el Mal, el contrataque no fue tan rápido como quisieron y al llegar al paso de Punta, los esperaba Khron con una gran reserva de bestias y soldados. Khron tuvo que usar toda su fuerza y su poder, pues los humanos alados eran extremadamente difíciles de matar por su agilidad y resistencia, y solo con las más duras armas dotadas de oscuras fuerzas pudieron hacerles frente, y por primera vez desde que surgieran del cielo, detener su avance.

Aunque Khron logró contener a los nuevos seres y desmoronar su contrataque, el balance resultó ser nefasto: en muy poco tiempo, los ángeles habían reducido alarmantemente sus tropas y el número de sus seguidores, dejando su sueño de conquista truncado.

El rey del Oeste decidió regresar a su castillo para reflexionar, habiendo mandado construir en el paso una colosal muralla para impedir que jamás entraran criaturas del Bien en sus dominios. Nada sabía de esos extraños seres llamados ángeles, que, además de fuertes, tenían la capacidad de liberar a los hombres de su poder mental. Y tampoco había podido estudiarlos, pues al morir las criaturas aladas se convertían en un polvo de luz que era atraído de nuevo hacia la plataforma del cielo en el Este.

Los cuatro seres no quisieron seguir combatiendo, pues habiendo hecho retroceder a Khron prefirieron no aumentar más los sufrimientos y penurias que ya habían padecido los humanos. Los supervivientes de la meseta, rodeada ahora por el mar, construyeron en ella una poderosa ciudad con una altísima torre, donde aún se conservaba el hilo de luz que la atravesaba verticalmente y recordaba a sus ciudadanos que los cuatro seres, aunque vivieran en el cielo, siempre los ayudarían.

Quedó así la tierra dividida en tres zonas: el Oeste, donde se concentraba el Mal; la zona intermedia, que comprendía la cordillera Amintalia; y el Este, donde residía el Bien.

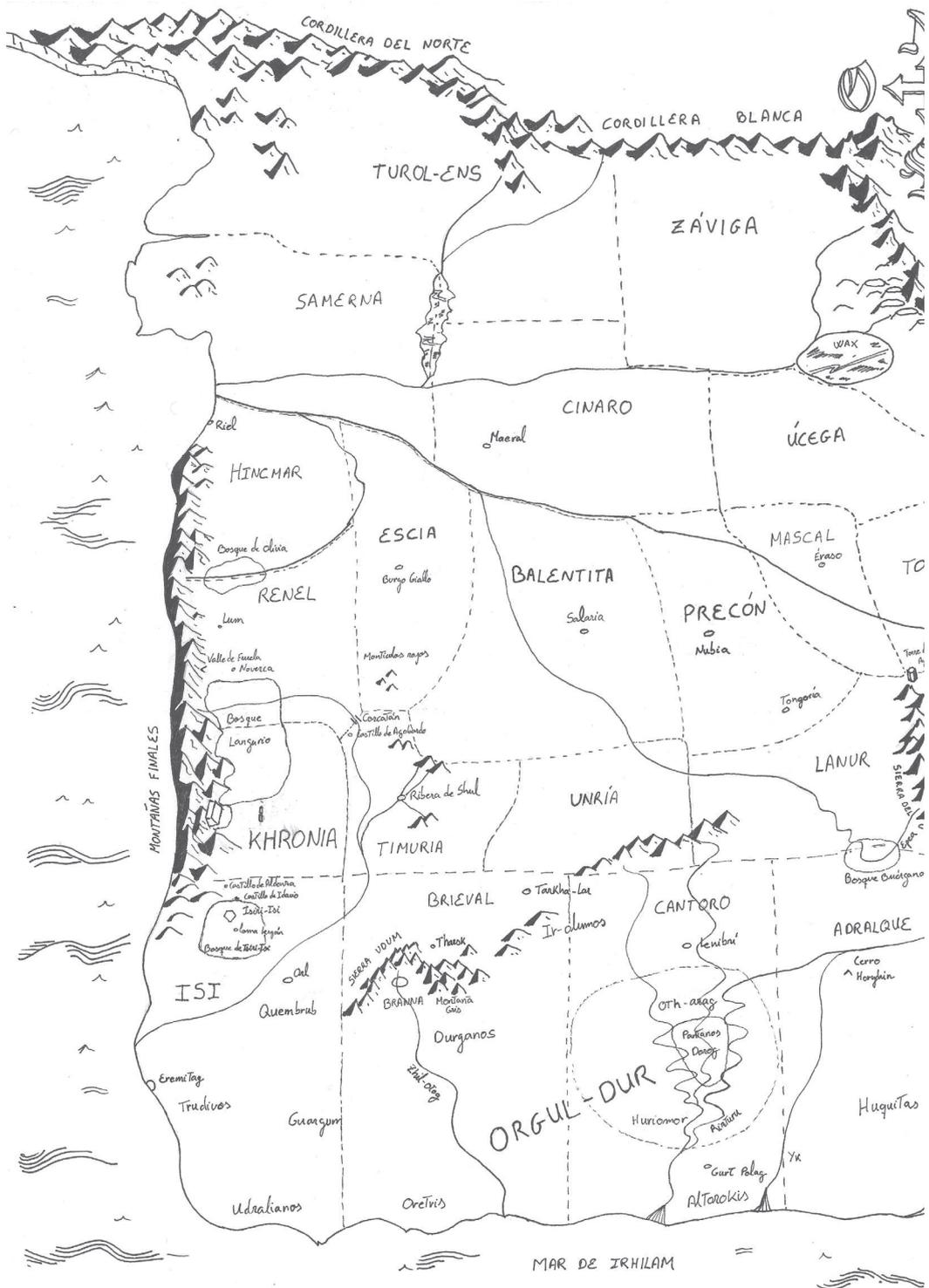
Y así se ha mantenido el mundo hasta nuestros días; sumido en una guerra aletargada que dura ya quinientos doce años, sin que se haya inclinado la victoria hacia ningún lado. La situación es muy preocupante, pues la calma que ahora perdura es frágil y podría romperse si las demás criaturas, que hasta hoy se habían mantenido al margen del enfrentamiento humano, se unieran a la guerra, que parece eterna.

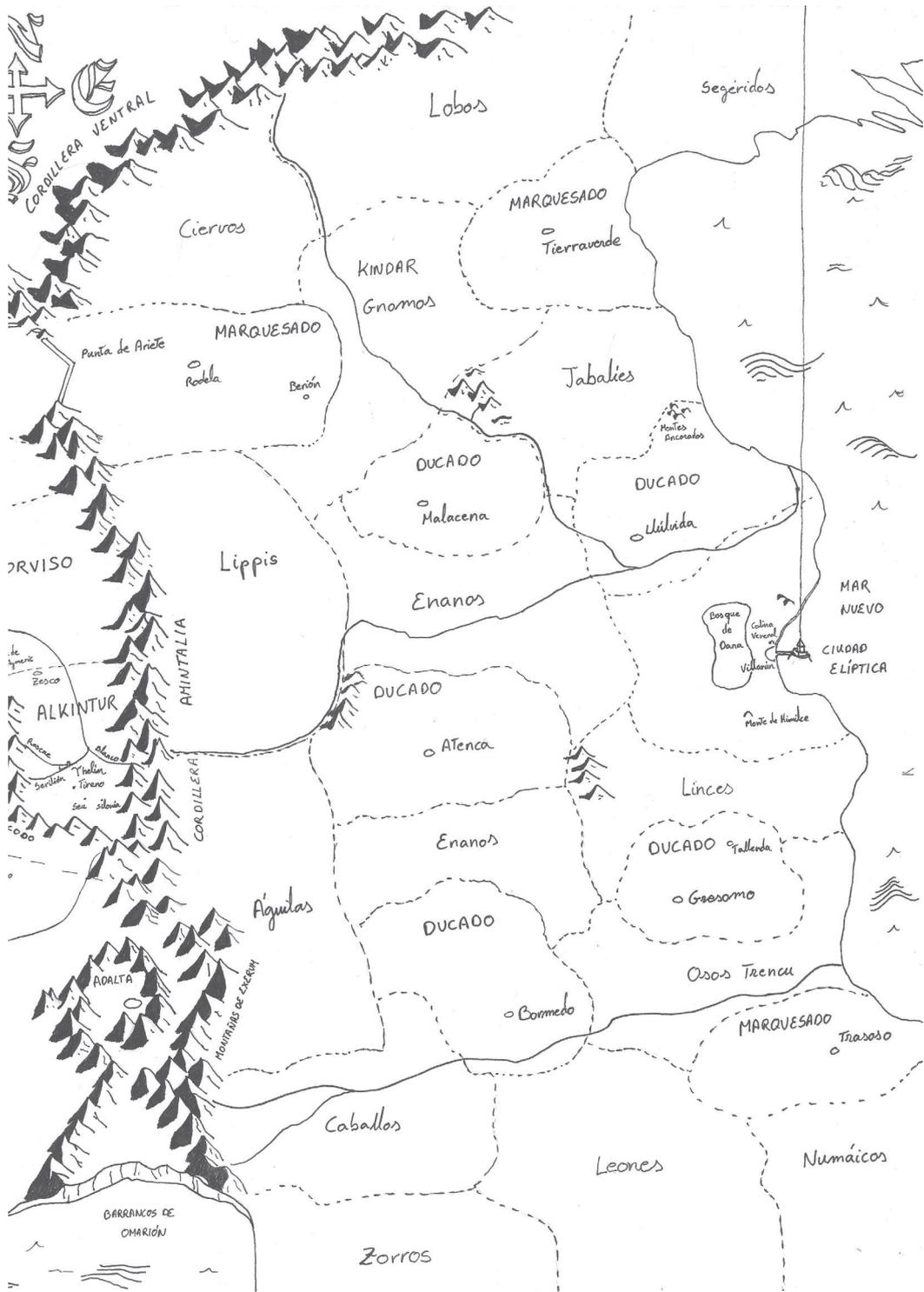
Año 547 del nacimiento de Khron.  
Teodorico, monje astrólogo e historiador.



*23*









# Harte I



# 1

— ¡Madre!... ¡Padre!

Al fondo de la tierra de labranza, un viejo campesino detuvo los bueyes con los que araba, tirándoles del ramal. Pasándose el brazo por la frente, se quitó las gotas de sudor que se escurrían hacia sus ojos enturbiándole la vista. A lo lejos, por el camino, pudo distinguir a un muchacho que venía corriendo hacia él, a la vez que le llamaba. No le costó reconocer al menor de sus cinco hijos, un alto y delgado mozo de diecisiete años. El campesino apoyó sus antebrazos sobre la mancera dejando relajar por un momento su fatigado cuerpo. Aunque contaba ya los cuarenta y cinco, aún conservaba un cuerpo musculoso, desarrollado por haber servido durante toda la vida a su señor en los trabajos del campo. Su espalda comenzaba a encorvarse aunque su altura le permitía todavía asomarse por encima de las cabezas de los habitantes del condado. Sus ojos castaños se posaron en el muchacho, que venía tan alborotado que tropezó con una piedra y rodó por el suelo, volviéndose a levantar enrojecido por la vergüenza y el cansancio. Inquieto por la diligencia de su hijo, el campesino abandonó su apero y se dirigió a él.

—Tranquilízate, Esteban, y cuéntame qué ocurre —le dijo cuando hubo llegado a su lado.

El joven, todavía jadeante, se obligó a tomar aire y comenzó a hablar.

—¡Dos dragones han atacado esta noche la villa! —exclamó, visiblemente conmovido.

—¿Qué? ¿Estás seguro? —preguntó perplejo su padre.

—Lo he visto con mis propios ojos, desde el bancal que linda con Thelín —explicó mientras se frotaba las raspaduras de las manos.

—¿Algún herido?

—Según me han contado, sí. Los dragones atacaron la torre de vigilancia y las empalizadas. Los soldados apostados en ellas murieron.

La consternación se reflejó en el rostro del campesino.

—¡Los soldados del conde Aelfrico! ¡Pobres muchachos! No entiendo por qué esas bestias nos han atacado, nunca lo habían hecho... —Hiparco bajó la cabeza y murmuró unas palabras, después volvió a mirar a su hijo—. Esos seres son muy peligrosos, espero que nuestro señor prepare una partida de caza para matarlos. Puede que no estén lejos...

El campesino pensó si debería mandar a su familia al castillo para ponerse bajo su protección, pero su casa estaba alejada de Thelín, a unos dos kilómetros, y quedaba oculta entre los árboles de un pequeño bosque, así que pasaría desapercibida si fuese sobrevolada por los dragones. Creyéndola en esta situación más segura que el mismo castillo, apoyó la mano en el hombro de Esteban y le dijo:

—¡Corre, ve a buscar a tu hermano Bénim que está en el pinar y diríglos a casa!

—¡Así lo haré, padre! —exclamó su hijo mientras comenzaba una nueva carrera hacia el lugar indicado.

Hiparco volvió hasta su arado y azotó ligeramente a sus bueyes para hacerlos caminar, arrastrando tras de sí su tosca herramienta, no sin antes mirar desconfiado varias veces al cielo, que, durante esos calurosos días de verano, permanecía completamente claro. La noticia que le acababa de dar Esteban no significaba nada bueno. Cazar esos dragones no sería fácil y muchos hombres morirían. Lo sabía por experiencia. Un recuerdo le había venido a la mente mientras hablaba con su hijo. Un recuerdo que había intentado olvidar.

Todo ocurrió cuando era joven. En aquel tiempo servía al padre de Aelfrico, el conde Eurico y vivía como esclavo suyo cultivando sus campos. Un día, estos ardieron. Las tierras, que con tanto esfuerzo habían arrancado a los bosques y en las que habían hecho prosperar los cultivos, se convirtieron de pronto en calcinados terrenos. No tardaron en darse cuenta de lo que ocurría. Un enorme dragón rojo escupía fuego a diestro y siniestro arrasando los campos de la aldea. El entonces conde mandó a preparar una tropa para dar muerte a esa bestia, en la que incluyeron a Hiparco. Este nunca había pertenecido a las tropas de caza, ni siquiera había visto un dragón antes, pero el ejército de Eurico estaba en la torre de Aymeric y necesitaban hombres robustos para la inminente partida. No tuvo elección. El lugarteniente en armas del noble lo eligió y servilmente se unió al grupo. Un puñado de campesinos y soldados que el lugarteniente lideraría en esa insólita y arriesgada caza, en la que él mismo dejaría su vida.

Recorrieron durante tres días senderos humeantes hacia el Sur, hasta que los observadores avistaron su pieza en el claro de un bosque. Sus resoplidos se podían oír claramente en la distancia. El animal parecía muy nervioso y perdido, se morisqueaba el cuerpo sin cesar y no pareció darse cuenta de la

proximidad de los humanos. Hiparco estaba muerto de miedo, no hacía falta ser muy perspicaz para darse cuenta de que una criatura así lo despedazaría antes de que pudiera hacer nada por defenderse. Reprimiendo sus ganas de salir huyendo quedó observándolo desde su escondite y algo le llamó la atención. Notó que sus ojos escrutaban el horizonte sin ver, como si estuvieran perdidos. El dragón estaba absorto, como viviendo en un sueño, parecía que su cuerpo estuviera allí, pero su mente no. Percibió que su mirada no expresaba ni un ápice de la inteligencia que tanto exaltaban las leyendas.

En la espesura del bosque los hombres planearon cómo matarlo. Cuatro caballeros atacarían a la criatura por sorpresa, y cuando esta se irguiera otros tres soldados dispararían un gran arpón contra su vientre. El arpón estaría atado a los árboles mediante una gruesa cadena, con el fin de que no escapara y así los restantes soldados dispondrían de tiempo para atravesarle el cuello con sus flechas y darle muerte.

Esperaron a que se durmiera cuidando que el viento no llevara su olor hacia el animal, y cuando este estuvo dormido y su respiración se hizo regular Hiparco y otro siervo comenzaron a trabajar. En silencio, transportaron por piezas una enorme ballesta hasta el lugar indicado y con enorme sigilo montaron su estructura. Después, ataron la cadena del arpón a los árboles, sin poder dejar de sentir mientras tanto un sudor frío y el temblor de sus piernas.

Cuando el artefacto estuvo preparado y los soldados en sus puestos, el lugarteniente dio la señal. Cuatro caballeros armados con largas lanzas, atacaron al galope la testa de la criatura, mas todas las armas se partieron al impactar con los duros huesos de su cabeza. El dragón, sobresaltado, se puso en pie, rugió con furia y descubrió a los jinetes que, dando media vuelta,

trataban de alejarse. Dispuesta a no permitírsele, la bestia se encabritó sobre sus patas traseras e inspiró profundamente, llenando sus pulmones de aire para enviarles una mortal oleada de llamas. El nerviosismo cundió. Era evidente que ninguna de sus armaduras soportaría la temperatura de su llamarada a tan corta distancia, el acero se derretiría junto con su caballero. Temerosos y apresurados, los soldados dispararon el arpón, que no se hincó en el blando vientre del animal, sino entre sus costillas.

Aunque el dolor que sintiera la bestia debió ser insoportable, aprovechó, mientras bajaba las patas delanteras, para soltar una bola de fuego hacia el lugar de donde había provenido el proyectil, abrasando el cuerpo de los soldados que manejaban la ballesta. Los caballos, asustados, corrieron al galope tratando de ocultarse en la espesura, pero cayendo al suelo uno de los caballeros, derribado por su montura, la bestia lo lanzó de un manotazo muchos metros atrás rompiéndole los huesos. Los arqueros no acertaban a dar en el blanco ya que el dragón intentaba arrancarse desesperadamente el arpón mientras escupía fuego en todas direcciones. Fue entonces cuando algunos arqueros quedaron cercados por las llamas y, junto con el líder de la expedición, murieron quemados. Tanta fuerza hizo la bestia en su desesperación por liberarse que arrancó de raíz los dos árboles a los que estaba atada la cadena, la cual aguantó los tirones, a pesar de estar al rojo vivo. El dragón echó a volar y la tropa, con nueve hombres menos, salió tras él con la esperanza de que el arpón, removido por su lastre, acabase por perforar con su punta algún órgano vital. Tardaron dos agónicos días en alcanzarlo tras una frenética persecución hacia el Noreste, hallando en su camino una pequeña aldea destrozada, pues la fuerza de la bestia, a pesar de llevar el arma clavada con la cadena y los dos troncos quemados colgando de su pecho, no parecía extinguirse.

La encontraron al final en la orilla del río Blanco tiñendo con su sangre el agua. Le costaba mucho respirar pues su pulmón se había perforado con el arpón, como vaticinaron los soldados. Los arqueros no tuvieron compasión del animal y una decena de flechas le atravesó el cuello. Hiparco volvió a mirar fijamente los ojos del dragón y creyó ver cómo estos, hasta entonces llenos de odio y maldad, se liberaban de una gran carga y quedaban agradecidos, antes de cerrarse para siempre. El campesino no lo podía explicar, no lo entendía bien, pero siempre creyó que no fueron las flechas las que acabaron con aquel ser, sino la extraña locura que le había poseído y que le había hecho actuar así, matándole por dentro.

Este no fue el único caso que se conoció de la locura de los dragones, por lo que supo después el villano. Tras indagar sobre lo sucedido, el conde Eurico contó a sus gentes que en otros condados había ocurrido lo mismo hacía algunas estaciones. Llegando años después a los oídos de Hiparco, que había vuelto a ocurrir un par de veces más en años sucesivos. Era algo inaudito. Las historias siempre contaban que los dragones eran unas de las criaturas más poderosas del mundo, muy sabias y respetuosas con los demás seres, así que nadie supo explicar por qué habían atacado, no solo a los humanos, sino a muchas especies más que vivían en los condados.

Pensando en estas cosas agotó las horas de luz que quedaban para terminar la jornada. A mediados de verano Harún desprendía una gran energía, ocupando con su luz y calor más horas que su hermano al día. Montó la reja del arado sobre su patín, para que no fuera arrastrando por el camino, y tras unos chasquidos con la boca ordenó a los bueyes que se dirigieran a casa.

Hiparco respiró profundamente recordando cosas que le venían a la memoria. Aelfrico el Bondadoso no era como su padre.

Cuando este murió, abolió la esclavitud. Y aunque lo hiciera con la intención de aumentar sus beneficios, generó un cambio radical en la vida de muchos de sus siervos. Aelfrico proporcionó medios para que sus esclavos, una vez fueran libres, pudieran construirse una casa y tener unos pequeños terrenos para su propio cultivo. Con ello el conde consiguió revitalizar el trabajo en sus propios campos y que los libertos mantuvieran a sus familias con lo que obtuvieran de sus terrenos, librándose así él de aquellos costes de manutención. Además, si obtenían buenas cosechas y ahorraban lo suficiente, se les permitía comprar al conde alguna tierra más y así prosperar un poco en la vida.

Desde aquél día en el que Aelfrico tomó la corona como sucesor de su padre y le comunicó su libertad, Hiparco fue otro hombre. Todos sus antepasados habían sido esclavos del conde, así que, que él ya no lo fuera le llenaba de satisfacción. No obstante, seguía siendo su siervo y debía trabajar seis días a la semana las tierras de su señor y cada cierto tiempo cumplir con sus sernas. Las sernas impuestas por el conde obligaban a sus siervos a ofrecer su trabajo en labores que no fueran directamente del campo, como levantar empalizadas nuevas en el castillo, arreglar los caminos o los puentes y tallar nuevas piedras para la construcción. Dos de sus hijos estaban hoy ayudando a construir un molino en el río. Las sernas de su mujer, en cambio, consistían en otros menesteres, como coser y lavar los vestidos de los nobles, cardar la lana o esquilan las ovejas. Su vida estaba llena de sacrificios, pero, como bien había pensado su señor Aelfrico, tener algo propio y cuidarlo, le había dado nuevas energías.

La noche se cerraba cuando llegó a su casa, que no era muy grande, pero no le importaba. Llevó la yunta al cobertizo y con ayuda de su hijo Bénim les quitó a los bueyes el yugo y la collar, que les evitaba las rozaduras de la pesada madera, cosa que

los animales agradecieron con un pequeño mugido. El pesebre había sido llenado por su hijo momentos antes de que llegaran, con granos de cebada y una gran pila de piedra les esperaba con agua fresca. Tras mandar Hiparco a su hijo a la mesa, colocó entre sus animales una piedra de sal para que estos la lamieran y recuperaran así los minerales que perdían diariamente tirando del arado. Luego él se lavó la cara y las manos con el agua de un cuenco de madera. Derramó el agua sobrante sobre sus pies descalzos, y se frotó uno con otro. Sus hijos llevaban unas polainas de cuero que les protegían las plantas de los pies pero él siempre había ido descalzo y las durezas que tenía le impedían sentir cualquier pinchazo o corte. Con un suspiro, el viejo campesino pensó que sus hijos habían nacido en tiempos mejores. Al dejar el cuenco en el suelo, vio con el rabillo del ojo el brillo metálico de la reja de su arado. Todavía podía recordar cómo su padre y él labraban con un arado mucho peor que el que tenía ahora, totalmente hecho de madera. Ellos mismos lo tallaron endureciendo la punta de ataque al fuego tras afilarla con esmero; y recordaba con admiración cuando, años después, comenzaron a recubrirla con una fina lámina de metal, aumentando su resistencia. Pero ni aun así era capaz de remover las compactas tierras de los alrededores de Thelín. Eran días de verdadero trabajo y permanente cansancio. Ahora su arado estaba provisto de una reja completa de metal que se hincaba más profundamente y aireaba el terreno, regenerando mucho mejor su fertilidad. Cuando todo en la vida te lo daban los campos, conocer cómo trabajarlos era lo más importante. El conde Aelfrico había acertado al invertir su dinero en traer nuevos aperos, pues fue ahí donde comenzó a incrementar su poder y sus ganancias.

Cuando se acercó a la mesa su familia ya estaba allí sentada. El mueble rectangular ocupaba gran parte de la estancia.

Matilde, su mujer, acababa de colocar en el centro del tablero un enorme perol de barro con patatas y trozos de carne del que todos comerían. Su cuerpo delgado y pequeño apenas hacía ruido al andar y ello siempre cautivaba a su marido, así que, aunque ella estaba concentrada en repartir cubiertos y cuencos de madera a toda su familia, pronto se percató de la mirada del hombre y le sonrió, sentándose enfrente de él una vez acabada la labor. Hiparco se había enamorado de ella desde la primera vez que la vio. Su deslumbrante cabellera rubia había llamado su atención mientras bailaban en la celebración de la primavera de Thelín, a la que asistían también los habitantes del resto de aldeas del condado. A sus dieciséis años recién cumplidos, su brillante melena danzaba por el aire al compás de sus giros. Hiparco quedó embelesado con los movimientos de su cuerpo. Era la mujer más bella de todas y cuando sus miradas se cruzaron supo que iba a ser suya. En cuanto tuvo ocasión, se lanzó al círculo de baile y se puso a danzar al ritmo de la música tratando de ponerse a su lado. Ella al principio le rehuía, tan solo para que este continuase persiguiéndola entre la gente, pero al final sus cuerpos se tocaron y ruborizados y sonrientes bailaron y desde ese día se comenzaron a ver. Su carácter le había impresionado. Era impulsiva, trabajadora, alegre y parecía no intimidarse frente a los pesares de la vida. Hiparco fue el hombre más feliz cuando decidieron unirse para formar su propia familia pocos meses después. Cuando su marido la contemplaba tan delgada y tan menuda, no podía creer que de ese cuerpecito hubieran salido cinco hombres altos y fuertes como él, pero con la energía y el nervio de su madre, la cual no les llegaba en altura a los hombros.

Hiparco repartió pedazos de pan a su familia como era costumbre y empezaron a comer. Hoy la cena era copiosa pues no

todos los días podían comer carne, pero el cierre del trato con un mercader de Silonia, al que venderían su excedente de uva, era motivo de celebración. Hacer prosperar a su familia era su obsesión y con orgullo miró a sus hijos, todos ellos magníficos trabajadores, que regaban con su sudor las tierras en las labores de roturación o al cuidado de los ganados.

Sentado a su diestra estaba Roque, el mayor de sus hijos. Tenía veintitrés años y era un joven alto, aunque sus hermanos pequeños le habían alcanzado rápido, quedándose él como el más bajo. Llevaba una corta melena castaña que le llegaba hasta la nuca y le gustaba vestir con túnicas largas, escasas entre el vulgo, porque eran símbolo de prosperidad. Siempre estaba pendiente de la familia y ayudaba en todo lo que podía. Llevaba junto con su padre el trato de terrenos y propiedades, porque tenía una pequeña formación y entendía de números. Se enlazaría dentro de unas semanas con su novia Eine, una joven doncella que cuidaba a la mujer de un masovero propietario de varios mansos. Sus padres eran muy humildes y se desvivían por ella, al no haber podido tener más hijos y, con gran pena, habían permitido que se fuera a vivir a casa del masovero para no verla trabajar en el campo.

Al lado de Roque estaba sentado Bénim, de veinte años y tercero por edad. A este no le importaba hacer los trabajos más duros y se pasaba el día sacando piedras de los campos y cortando leña para el conde. Tenía el cuerpo más grande y fuerte de todos sus hermanos y siempre se estaba riendo aunque fuera de las cosas más insignificantes. Tenía un pelo rubio precioso, del mismo color que su madre, pero siempre lo llevaba corto pues sudaba mucho y odiaba todo lo que le diera calor. Siempre que podía, gustaba de quedar con sus amigos en la taberna de la villa para ir a beber unos vasos de vino.



En el otro lado de la mesa, y a la siniestra de Hiparco, cenaba tranquilamente Bertrán. Tenía diecinueve años, un cuerpo delgado y lucía un pelo castaño cuya melena llegaba a los hombros. Era un chico muy soñador, se podía quedar horas y horas escuchando a los juglares en las ferias y aprendiendo de ellos sus rimas. No sabía leer ni escribir pero se memorizaba muchas canciones y con ellas entretenía a las jóvenes de Thelín. Mantenía el ganado de Aelfrico y se pasaba con él largas temporadas en las montañas cercanas. Bénim y él se llevaban muy bien y compartían el mismo grupo de amigos.

Engullendo a toda prisa sus patatas se encontraba Esteban, el más pequeño, que veía que sus hambrientos hermanos no le dejarían nada en el perol si no se daba prisa. Esteban veneraba a sus hermanos, lucía un cabello rubio cortado de la misma manera que Bertrán e imitaba a Bénim en sus actos. Aunque no se lo demostraran, sus hermanos le querían mucho y si un día se metía en un lío, podía estar seguro que todos irían a ayudarlo.

Los cinco hermanos formaban un buen grupo y eran respetados en la villa, nunca buscaban problemas y eran amables, pero si alguien osase injuriarlos, acabaría con sus puños en la cara. Hiparco frunció el ceño. Hacía ya tiempo que faltaba uno de sus hijos. Reo, con veintiún años, era el segundo por edad. Había salido, con permiso del mayordomo del señor, a buscar por tierras inexploradas nuevos campos para explotar. Estaba en la sierra del Sur, en parajes inhóspitos, pero Hiparco no se preocupaba. Reo había sido el más intrépido de los hermanos, más atrevido y valiente. Se aburría en el campo y desde pequeño se había ofrecido al conde para iniciarse en algún arte. Allí, en el castillo, aprendió a montar a caballo y su destreza en esa disciplina le valió ser el mensajero de su señor. Llevaba tres años en ese puesto y le habían ocurrido no pocas aventuras. Estar

en contacto con los soldados le había permitido adiestrarse en las armas y manejar con destreza la espada corta, muy útil para mantener a raya a los depredadores de los bosques. Hiparco se sentía triste por no poder compartir con él esta cena.

Aunque reinaba una aparente tranquilidad en la casa del campesino, pronto saltó el tema que corría de boca en boca. El ataque de los dos dragones a Thelín había consternado a todos sus habitantes.

—La desgracia vino anoche a la villa —dijo apesadumbrado Bertrán—, mi amigo Anscario y otro soldado, apostados en la puerta Sur, murieron abrasados por las llamas. Otros tres vigilantes de la puerta Norte corrieron el mismo infortunio.

—Nunca antes había oído que los dragones atacaran pueblos humanos. ¿Qué habrá podido ocurrir? —dijo Bénim.

—Oí hablar al viejo Hilberto quien, asombrado, sospechaba de que solo hubieran atacado las defensas. Él cree que volverán esta noche para llevarse a la gente, como hacen los ogros —aseguró Esteban.

—¿Qué tontería es esa? ¡Los dragones son seres inteligentes, no van comiendo personas como los ogros! —le acalló Roque.

—Pues todos están muy asustados, y no quieren volver a sus casas —replicó su hermano pequeño—. Así que el mayordomo abrirá las puertas del castillo para que esta noche duerman en las cuevas de la colina. El conde Aelfrico vendrá esta noche de su viaje y decidirá qué hacer.

—Los hombres de la villa dicen de salir a cazarlos —dijo Bertrán.

—¡Sí!, cojamos las lanzas y vayamos a matarlos —gritó Bénim.

—¡Vengamos las vidas de nuestra gente! —añadió Bertrán exaltado.

—¡Nadie va a ir a matar a nadie!—gritó enfadado Hiparco—. No habéis visto nunca un dragón ni sabéis lo que es ir a la caza de uno. ¡Estáis locos!, no es como salir a cazar a un oso o a un lobo. ¡No estáis preparados! Muchos soldados morirán en el intento. No consentiré que mis hijos mueran por su estupidez.

El campesino miró a sus vástagos con seriedad y rebajó el furor que se había levantado de repente. Cuando la habitación quedó en silencio, Hiparco se levantó.

—Mañana será un día duro, ahora ¡id a dormir! Me acercaré temprano a la villa para tener noticias del castillo.

Una vez dicho esto, fue a una de las tres estancias que componían la casa. En ella dormían él y su mujer y guardaban sus pertenencias más preciosas: unos ropajes buenos y utensilios de metal. En la sala donde habían cenado, la más grande, dormían sus cinco hijos y de ella partían las puertas hacia las otras dos estancias y hacia la salida. La última sala consistía en la cocina, también almacén. El viejo campesino se desató la cuerda que le servía de cinturón y se quitó la ceñida casaca, después, las fundas de cuero de las piernas que le servían a su vez de calzones. Se echó sobre la cubierta que cubría su jergón sin bastas de paja y esparto, se tapó hasta la cintura con una ligera manta y miró al cielo a través de la ventana. Al rato llegó Matilde que se quitó una casaca parecida a la de su marido y unas calzas de tela que le cubrían las piernas hasta la rodilla. Ella también estaba acostumbrada a ir descalza y solo se ponía unas polainas en invierno. Se recogió el pelo con una cinta y se tumbó al lado de él. Aunque habían pasado muchos años desde que se conocieran, y las arrugas hubieran surcado sus ojos y sus manos, Hiparco encontraba a su mujer igual de hermosa que el primer día. Ella le golpeó suavemente el hombro.

—Tengo miedo —le susurró al oído—. Presiento que este hecho nos va a traer muchos sufrimientos.

—Yo también temo, querida, pero lucharemos para que todo siga igual.

Se abrazaron en la oscuridad y dejaron pasar el tiempo. Oyeron cómo sus hijos se acostaban y el silencio se apoderaba de la casa. Sin poder dormir esperaron un nuevo amanecer.

## 2

**N**oco antes de que Harún apareciera por el Este regando con su luz todo el paisaje, las campanas de Thelín empezaron a sonar en la lejanía. Su tañer frenético significaba una llamada de reunión urgente. Tras un sobresaltado despertar, Hiparco y Matilde se vistieron y entraron en la habitación de sus hijos. Los cuatro hermanos se habían despertado también con el repiqueteo pues, a pesar de la distancia que les separaba de la villa, en las mañanas despejadas y claras como esa era perfectamente audible. El viejo campesino se dirigió a la cocina con largos pasos.

—Seguramente los dragones no deben andar lejos y haya nuevos destrozos. El señor necesitará nuestra ayuda —dijo a sus hijos mientras buscaba provisiones—. ¡Roque, coge tus herramientas y prepárate! Saldremos en un momento.

—¡Eh! —se quejó Bénim—, nosotros también vamos.

—¡No! Vosotros os quedareis aquí. No quiero que os expongáis a ningún peligro innecesariamente.

El primogénito salió de la casa y fue al cobertizo donde los bueyes comían grano indiferentes a su presencia, levantó una pequeña trampilla del suelo, y sacó envueltas en un paño unas

herramientas de metal. Su escondite era preciso, pues los metales como el hierro o el cobre, eran escasos y los ladrones con ellos hacían fortuna. Allí, en el cobertizo, debajo de la paja donde dormían los animales, no los buscarían. Metió un martillo, una pequeña sierra y varias puntas de hierro en una bolsa de cuero que se ató a la cintura y fue en busca de su padre. Este salía de la casa en esos momentos con un saco de tela blanca en bandolera cargado de alimentos, un cuchillo atado a la cintura y arrollándose en los riñones un cobertor para el frío de la noche. Cuando se proponían partir salió Matilde.

—¡Ten, Roque! —dijo esta mientras le ofrecía un vestido largo de tela, para que se lo pusiera encima de su vestimenta si empeoraba el tiempo.

—Gracias, madre.

—No os preocupéis, volveremos en cuanto podamos —dijo Hiparco.

Matilde se abrazó a su marido y le acarició la cara.

—Espero que así sea.

Partieron andando hacia el Norte dejando tras de sí a tres hermanos expectantes y una esposa preocupada. El ambiente estaba tranquilo, las campanas habían dejado de sonar y se oía el cantar de los pájaros. Pinos, hayas, abetos y robles decoraban los márgenes del camino. Dentro del extenso recinto montañoso que formaban la sierra del Codo y la cordillera Amintalia, la vegetación crecía en pleno apogeo. Alkintur, el condado de Aelfrico, se encajaba en esta región perteneciente al reino del Oeste. Las tierras cultivadas ocupaban una extensión irrisoria, comparada con los vastos bosques de enormes árboles que ocultaban el cielo. Los campos de cereales y los viñedos se situaban en los pequeños valles que formaban los ríos nacidos en las montañas. De estas, los mineros extraían la preciada piedra

caliza para la argamasa y el valioso mármol, y de los ríos, las fraguas y los molinos usaban para sus trabajos, la fuerza de sus aguas. Aelfrico había permitido la construcción de todo esto, sin el beneplácito de la capital del reino, continuando el proceso de autarquía que había comenzado su abuelo Genseric.

Thelín apareció frente a ellos con su característica forma triangular. Su caprichosa geometría se debía a que estaba construida entre dos ríos que bajaban hacia el Este donde finalmente se unían. Justo en el vértice que estos formaban y alzado sobre una colina se ubicaba el castillo del conde. Dos entradas, una situada al Norte y otra al Sur, se abrían en la empalizada que rodeaba a la villa, dando acceso a los habitantes a sus casas. La empalizada había sido construida con gruesos troncos, unidos firmemente entre sí e hincados en el suelo al menos un par de metros, dejando a la vista otros cinco metros hasta su extremo superior acabado en punta. La población de Thelín había crecido significativamente en las últimas generaciones bajo la protección que daba el castillo y esa afilada defensa. Además, la economía de la villa estaba floreciendo en detrimento de Zesco, la ciudad más importante del condado, ya que el comercio había ido aumentando poco a poco, a pesar de su peor localización. Zesco estaba situada en el límite Norte, en contacto con otros condados y muy próxima a la torre de Aymeric, crucial centro militar. Su situación la había convertido en una valiosa puerta para exportar los productos elaborados en el interior, pero hacía ya años que había ido perdiendo su influencia y su poder.

Hiparco y Roque otearon el cielo en busca de alguna bestia alada, pero no divisaron ninguna criatura peligrosa, tampoco oyeron gritos ni olieron a humo. Si había algún peligro, estaría lejos de la villa. Avanzaron algo más tranquilos hasta el río que pasaba más al Sur, el Serilión. Para atravesar el caudaloso

río debían cruzar un puente de piedra. En un día normal, si hubieran transportado mercancías tendrían que haber pagado un peaje por utilizar el puente, pero hoy no estaba el vasallo que cobraba los dineros. Se acercaron a la empalizada y pronto el nerviosismo se hizo presente en los dos hombres. Todo estaba demasiado calmado. Habían esperado oír el ruido de la gente trajinando, preparando utensilios, hablando y levantando polvo, pero nada de eso parecía ocurrir, tan solo de vez en cuando se oía algún rumor que se llevaba rápidamente el viento.

—Vayamos a la plaza, no me gusta esta quietud —susurró Hiparco acercándose a su hijo.

Con paso vacilante, pasaron por debajo de la puerta ennegrecida donde habían muerto el amigo de Bertrán y otro joven, y sintieron un gran pesar. Al otro lado de la empalizada, las calles se arremolinaban una junto a otra como un rebaño de ovejas para darse calor. El aire corría raudo por ellas en el invierno y de esta forma se disminuía su agresividad. Las casas de los villanos eran de madera, paja y barro, y en algunos casos de piedras, si se las podían permitir los más acaudalados. Caminaban lentamente por las callejuelas flanqueados por casas vacías, hasta que, finalmente, la callejuela por la que andaban se abrió a la plaza y allí encontraron lo que buscaban.

—¡Pero si está toda la gente aquí!... ¿Qué hacéis...?

No le dio tiempo a terminar la frase, una gran figura se abalanzó sobre el viejo campesino derribándole.

—¡Orcos! —gritó Roque y se apresuró a sacar de su bolsa de cuero el martillo para golpearlo. Mas tampoco tuvo tiempo. Otro orco encaramado al techo de una de las casas saltó tras él, golpeándole en la espalda y tirándole al suelo.

—¡Una emboscada! —gritó su padre levantándose con toda la rapidez que pudo.

Hiparco blandió su cuchillo delante de los dos orcos y los hizo separarse de su hijo, que yacía con el hombro siniestro dislocado por el tremendo golpe.

Las dos criaturas no atacaron, se mantuvieron a distancia y dejaron que Hiparco se percatase de lo que ocurría. Efectivamente, los habitantes de la villa estaban allí, pero reclusos en una zona de la plaza donde al menos dos docenas de orcos los controlaban, además, otros tantos permanecían escondidos detrás de carros y barriles o en los tejados de las casas. Varios arqueros orcos con sus flechas envenenadas apuntaban a los campesinos, obligándolos a servir de cebo para los que iban viniendo so pena de tener una muerte lenta y muy dolorosa.

Que ellos habían tocado las campanas para dar el aviso y atraer así a la población, parecía algo seguro. Estaban a doscientos metros de la muralla del castillo pero de las tropas del conde no había ni rastro. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Hiparco al darse cuenta de que no había nada que hacer. Algunos de sus vecinos levantaron un poco la mirada para observar, otra vez, la dura escena que se repetía cada vez que llegaba alguien.

—¿Qué queréis?—gritó el campesino con voz ronca.

—Está bien viejo... creo que ya comprendes—dijo un tercer orco acercándose a ellos—. Primero tira tu arma y que tu acompañante también lo haga.

Hiparco se percató al instante de que el enorme orco que acababa de aparecer hablaba un perfecto idioma humano, lo que significaba que había estado mucho tiempo rodeado de ellos. El hombre dejó caer su cuchillo y, a un gesto de su mano, su hijo hizo lo mismo con el martillo.

—¿Cómo te llamas?—preguntó el orco.

La pregunta sorprendió tanto al padre como a su hijo. ¿Por qué unos seres tan bárbaros querrían saber el nombre de sus

rehenes? Según los relatos contados de generación en generación, los orcos mataban a sus víctimas sin el menor interés hacia estas. Su naturaleza sanguinaria carecía de consideración. Un puñetazo propinado por el orco que lo había derribado lo sacó de su pensamiento.

—¡Responder él preguntar!—gruñó este en un torpe humano.

—Mi nombre es Hiparco, hijo de Odoacro, ¿quién me busca?—preguntó el campesino con la mandíbula dolorida.

—No es a ti a quien buscamos—dijo el tercer orco en llegar mientras echaba una ojeada a unos viejos manuscritos, haciendo pasar su gordo dedo por las hojas, hasta que pareció encontrar lo que buscaba.

Levantó la vista y miró al campesino.

—Buscamos a tus hijos.

A Hiparco se le cayó el cielo encima. Quedó completamente impactado tratando de entender lo que pasaba y obligándose a mantener la calma, se detuvo a observar al orco que le hablaba. Mirándolo de arriba abajo, enseguida se dio cuenta de que no iba vestido igual que los otros dos. Vestía una gran túnica blanca que le llegaba hasta los pies, cubriéndole el típico calzón de piel que llevaban el resto de sus guerreros. Llevaba la capucha hacia atrás y dejaba ver su gran cabeza verde rapada de la que sobresalían sus orejas puntiagudas decoradas con cuatro pendientes circulares de oro cada uno. Lucía dos grandes colmillos en la mandíbula inferior que le cubrían parte del labio superior y bajo sus prominentes cejas oscuras, se hallaban sus ojos negros proyectando una mirada penetrante y muy inteligente. Era bastante alto, más que Hiparco, y su túnica escondía, aunque no ocultaba, un enorme cuerpo de gran musculatura que se dejaba entrever, en sus antebrazos al descubierto. Lo que estaba

leyendo no eran unos viejos manuscritos simplemente, si no el políptico donde estaban registrados los censos de las casas, sellados con el escudo del propio conde.

—Por lo que está escrito aquí, tienes cinco. ¿Dónde están?  
—continuó el orco.

Sin poder reaccionar, Hiparco se preguntó por qué los orcos buscaban a sus hijos. Recorriendo con los ojos la gente arremolinada en la plaza, trató de buscar una respuesta. ¿Dónde estaban los hombres jóvenes? Ahora que se fijaba mejor podía ver a las mujeres tratando de tranquilizar a sus hijos pequeños, a ancianos doloridos por tener que estar de pie sin sus bastones y a hombres tullidos, pero no vio a ningún mancebo.

—Tú pareces ser uno de ellos —oyó que dijo el orco de la túnica blanca a su espalda.

El campesino se giró, mientras que el soldado que había saltado del tejado levantaba a su hijo del suelo cogiéndole por el hombro dislocado, provocándole un grito de dolor.

—¡Soltadlo! —gritó Hiparco.

—¡Vaya!, parece que ya tenemos a uno, ¿y los demás?

—¡Nunca lo diré! —rugió Hiparco mientras empujaba al orco que atormentaba a su hijo.

—¡Ja, ja! —rio el orco de la túnica—, un hombre dispuesto a arriesgar la vida para proteger a los suyos, eso te honra pero... ¿Acaso será igual de temerario tu hijo?

El orco se puso serio y señaló a Hiparco.

—¡Matad al viejo! —ordenó con voz profunda a sus soldados.

Los dos guerreros se aproximaron al campesino levantando sus grandes mazas dispuestos a aplastarle el cráneo a golpes.

—¡Nooooo! ¡Quietos! —gritó Roque con la cara desencajada—. Yo os llevaré hasta ellos.

—¡Eso está mejor! —exclamó el gran orco rapado—, llévanos allí y tu padre vivirá.

A la señal de su jefe, los soldados bajaron sus mazas, levantaron a Hiparco y lo llevaron con los demás. Ya no lo necesitaban. Al regresar, ataron las manos a Roque causándole gran dolor en el brazo herido y con él al frente se pusieron en camino hacia donde este les indicaba. El trío se perdió por las callejuelas, mientras Hiparco los miraba desesperado con los ojos inundados en lágrimas. Nunca se perdonaría haber puesto en peligro a su familia.

Los orcos no eran considerados como seres civilizados por los humanos, si no como una tribu bárbara e inferior a ellos. El tener la piel coloreada en un tono, que iba desde el verde al negro con matices marrones siempre había causado repulsión a las personas. Su aspecto desaliñado y falta de higiene tampoco los hacía queridos. Cejas prominentes, mandíbula y colmillos inferiores muy desarrollados, nariz con forma de hocico y orejas puntiagudas eran características comunes de su especie. Los orcos eran guerreros por naturaleza, tenían una vida llena de peleas y muertes, pero no era una vida dura para ellos, su mentalidad era así. A pesar de haber levantado grandes asentamientos, preferían seguir siendo cazadores nómadas antes que sedentarios agricultores. Muchos todavía criaban rebaños de ovejas o vacas, que arrastraban tras de sí en sus migraciones y si la comida les faltaba no dudaban en arrasar cualquier aldea para obtenerla. No eran amigos de muchas especies, tan solo de los trolls, los lobos oscuros y los humanos que tuvieran el corazón igual de negro que ellos. Al ser criaturas de naturaleza bélica siempre vestían con protecciones de cuero y para mejorar su defensa, llevaban protecciones de metal en brazos y piernas y en sus cabezas robustos cascos de acero. Se colocaban cobertores de piel de oso bajo los refuerzos de metal, para evitar quemarse cuando Harún lucía en el cielo, sobresaliendo gruesos

mechones de pelo por debajo de las protecciones. Llevaban calzones cortos de piel reforzados en la entrepierna con metal y en los muslos una malla de cuero. Protegían sus pies con sandalias de cuero, pero los guerreros gustaban de usar gruesas botas de piel. Utilizaban armas muy pesadas, tales como mazas de madera o hierro parecidas a grandes martillos, anchas cimitarras y grandes alabardas porque tenían gran fuerza en los brazos. Por lo general los orcos eran muy corpulentos y tenían una gran resistencia.

Si una cosa apreciaban de los humanos, eran sus joyas, en especial las labradas en plata y oro. Adornarse el cuerpo con ellas era algo mágico para ellos. Poblaban sus orejas de pendientes, sus cuellos de collares y sus capas de majestuosos broches, aunque muchos orcos continuaban la ancestral y desagradable costumbre de adornarse con partes amputadas del cuerpo de sus enemigos.

En veinte minutos el grupo llegó a las proximidades de la casa del joven campesino. Sus hermanos realizaban tareas en los alrededores del hogar nerviosos al pensar que podrían aparecer los dos dragones en cualquier momento, pero en su lugar aparecieron tres figuras andando por el camino. Con sorpresa, vieron cómo su hermano se acercaba prisionero de dos orcos que le seguían a corta distancia. Parecía magullado y mostraba gestos de dolor. Los soldados no quisieron seguir avanzando y se detuvieron ante los setos que bordeaban el huerto de la casa, sin salirse del camino. No querían caer en alguna trampa. De un golpe hicieron hablar a Roque.

—¡Padre está prisionero en la villa!— anunció este.

Los hermanos se agruparon sin saber cómo reaccionar. No se podían explicar qué había ocurrido, así que se mantuvieron a distancia mirando con desconfianza a los orcos. Alertada al

escuchar la voz de su hijo salió Matilde de la casa llevándose al momento una gran impresión.

—Quieren que vayamos todos los hermanos allí o lo matarán —volvió a gritar Roque con gran firmeza—. Tienen prisioneros en Thelín a todos sus habitantes...

De otro golpe, uno de los orcos hizo callar al joven. Matilde se apresuró a coger una horca para la mies y sin pensárselo corrió a golpear a uno de los captores. Bénim salió a su paso y se lo impidió.

—¡Quieta, madre!, así no conseguirás nada —dijo este arrebatándole el útil y lanzándolo al suelo. No permitiría que los orcos tocaran a su madre.

Bénim no sabía lo que se proponían el par de soldados, pero siempre que había tenido roces con algún orco, en ninguna ocasión había sido para algo bueno. Al ver el aspecto dubitativo de Bénim, los orcos trataron de acelerar su reacción dando un nuevo empujón a Roque.

—¡Iremos con vosotros, pero no volváis a golpear a mi hermano! —gritó, confiado de que juntos saldrían de este nuevo apuro.

—¡No! —sollozó Matilde.

—Tranquila, madre, creo que es mejor hacer lo que dicen —la consoló.

Bajo las órdenes del tercer hermano, los otros dos avanzaron unos pasos hacia los orcos y se dejaron atar las manos, pudiendo comprobar en la cercanía que Roque tenía un gran bulto en el hombro y cuánto le atormentaba. Después de decir a su madre al oído que se ocultara en el bosque una vez que empezaran a caminar, Bénim se aproximó a los soldados para que ataran también sus manos. Una vez los dos soldados tuvieron al grupo de hermanos atados y al disponerse a regresar a la villa, uno de ellos se detuvo en seco.

—¡Un momento!—le dijo al otro en su idioma, y entornando los ojos se puso a contar a los humanos. Tras un largo rato, vio que no le salían las cuentas—. ¡Falta uno!

—¿Dónde estar el cinco?—preguntó el orco enseñando los dedos de su mano y señalándolos a ellos después.

—Mi hermano está en las montañas, se fue hace unas semanas y no volverá en mucho tiempo—dijo Bénim.

Los orcos se miraron entre ellos, pareciendo haberlo entendido.

—Que verdad sea, si no pagareis—dijo el soldado mirando desconfiado a los hermanos.

—¡Andar!—ordenó a los jóvenes mientras empujaba a Bénim.

El orco miró a su compañero.

—Estoy harto de los humanos—le dijo en orco—, seguro que el que falta está escondido, cagado de miedo. Me da igual que me pongan a trabajar levantando el campamento por no cumplir órdenes, no lo pienso buscar, me quiero ir de aquí. Además... solo es un humano... ¿Qué podría cambiar él?

De repente, un jinete lanzado a toda velocidad apareció de las lindes del bosque y arremetió contra el orco que hablaba, abriéndole una profunda brecha en la cabeza y dejándolo muerto al instante.

—¡Reo!—gritó Matilde.

El segundo orco no tuvo tiempo a reaccionar. Después de haber partido su vara en la cabeza del anterior, Reo envió nuevamente su caballo a la carrera contra el segundo, propinándole una patada en el pecho, dejándolo en el suelo aturdido. Una vez que hubo derribado a los soldados, descabalgó y cortó las cuerdas de las muñecas de sus hermanos con su puñal.

Reo llevaba una barba corta y sus ropas parecían estar hechas de jirones de distintas telas y pieles. En sus pies lucía unas botas de cuero altas, atadas fuertemente con tiras del mismo material hasta las rodillas. Su pelo enmarañado y negro colgaba por su espalda hasta los riñones, pues hacía muchos años que no se lo cortaba. Tenía unas cejas pobladas que ocultaban unos ojos marrón oscuro brillantes y profundos.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó jadeante.

—Los orcos han invadido el pueblo, tienen a padre prisionero... y lo matarán si no nos presentamos —dijo Bénim.

—¿Qué te han hecho, Roque? —preguntó Reo impresionado al ver a su hermano sangrando por distintos cortes, al tiempo que se agarraba el hombro con fuerza.

—Nos atacaron a padre y a mí al entrar en Thelín. Me he dislocado el hombro. ¡Ahhh!

—¡Agarradlo, chicos! —ordenó Reo al instante.

—¿Qué pretendes? —interrogó Esteban.

—Voy a colocárselo.

—¡El dolor me va a matar...! —se quejó el primogénito.

Sus tres hermanos menores lo apoyaron contra el tronco de un árbol, Reo puso una mano en su clavícula siniestra y con un golpe seco le colocó el hombro provocando un sonoro chasquido.

—¡Ahhh! —Roque cayó resbalando por el tronco semiinconsciente por el sufrimiento, pero Bénim lo cogió en su caída y lo tumbó en el suelo.

Mientras todos le miraban, un fuerte golpe sonó a sus espaldas, rápidamente se giraron y encontraron a su madre tumbando nuevamente al orco que, tras su aturdimiento por la patada, se estaba poniendo de nuevo en pie. Con su horca todavía entre las manos, se acercó a sus hijos y tras soltar su improvisada

arma se arrodilló junto a Roque, tomó el paño que llevaba atado a la cintura y le vendó el hombro.

—¿Por qué hacen esto? —preguntó.

Ninguno supo qué contestar. Las intenciones de estos orcos eran una incógnita para todos. Al cabo de unos momentos Bertrán lanzó una nueva pregunta.

—¿Cómo rescataremos a padre? Cuando noten que estos orcos no regresan vendrán a buscarlos y no podremos luchar contra ellos.

—No veo alternativa, nos querían a nosotros... así que haremos un trueque —dijo Bénim.

—¿Cómo vas a hacer un trueque con esos bárbaros, cuando vean que hemos matado a uno de ellos? —preguntó nervioso Bertrán.

—No huiremos y dejaremos a padre solo, ya estamos metidos en esto —dijo Reo—. Vayamos a Thelín. Si les somos tan valiosos no nos harán nada.

—Si encontramos problemas, intentaremos llegar al castillo del conde Aelfrico. ¡Él nos ayudará! —exclamó excitado Esteban.

—Si los orcos han invadido Thelín es porque el conde no habrá podido hacer nada —le desilusionó Bénim.

—Tengo la confianza de que juntos saldremos de esta —dijo Bertrán.

—No quiero que estas repugnantes criaturas se lleven a mis hijos —declaró tajantemente Matilde.

Su madre se sentía impotente ante esta situación, no quería que le pasase nada a sus hijos, pero tampoco a su marido. Con gran dolor cedió.

—Si eso es lo que habéis decidido, iré con vosotros a la villa —dijo su madre mirándolos a todos.

Matilde no quería ver morir a ninguno de sus hijos, esto rompería su familia en pedazos, pero para combatir la nueva amenaza se necesitaba coraje y valor, y ella no se amilinaría ante el peligro. Si ella podía hacer algo, lo haría.

Roque despertaba y con la ayuda de sus hermanos se puso en pie. La cabeza le daba vueltas y parecía tener fuego dentro de su hombro, pero los intensos pinchazos que antes le afligían habían desaparecido. De un saco que traía atado a los arreos de su caballo, Reo tomó unas plantas calmantes que hizo masticar a su hermano mayor. Después cogió la espada corta que traía guardada y se la ató a la cintura ocultándosela con las pieles de su abrigo. Si en vez de haber tenido la vara en sus manos, hubiera llevado su arma, no sería solo uno el número de orcos muertos. Tras haber cogido cada uno de ellos alguna pequeña arma con que defenderse, se pusieron en camino, siendo ya mediodía.

Nada más ser oteados en la distancia, un centinela orco dio la voz de aviso a su superior. Así que cuando los seis humanos y el buey que portaba a los soldados sobre su lomo pararon frente a la puerta Sur de Thelín, bloqueada ahora con unos parapetos, el orco de la túnica blanca se encontraba subido al adarve de la empalizada. Greg, que así se llamaba, observó al grupo reconociendo enseguida a Roque.

—¡Pero si son los cinco hijos del viejo! —exclamó—. Y la hembra que les acompaña debe de ser su mujer.

Al mirar al buey, se percató de que sus guerreros no se movían.

—¿Qué les ha ocurrido a mis soldados? —preguntó con un grito feroz.

La fuerte y grave voz del orco se oyó nítida en la distancia. El grupo se había quedado a considerable distancia de la entrada, temerosos de ser alcanzados por algún arquero orco.

—¡Uno de ellos murió, el otro está inconsciente! —gritó Reo. Greg, sorprendido, trató de imaginarse lo que habría ocurrido. Su silencio inquietó a los miembros del grupo.

—¡Venimos a hacer un trato! —continuó Reo.

—¿Ah, sí? —preguntó el orco con sorna—, ¿y cuál es? —interrogó, dejando entrever una sonrisa, sabiendo que no estaban en condiciones de pactar.

—¡Libera a nuestro padre y a la gente de Thelín y nosotros nos entregaremos!

El líder orco reflexionó unos momentos. Las órdenes que debía cumplir habían sido claras. Una de ellas consistía en reunir el mayor número de jóvenes humanos y llevarlos con él, impidiendo que la población se sublevara. Los campos debían seguir siendo trabajados por los campesinos que se quedasen. Que los dragones hubieran dejado sin defensas la plaza fuerte era de agradecer, ya que solo tenía que llegar y coger lo que quisiese. Además se añadía que los pueblos de esta zona no habían luchado en generaciones, y habían perdido todo espíritu combativo, por lo que no creía que fueran capaces de alzarse contra sus tropas.

«Nunca aceptaría lo que piden unos humanos, pero esta vez a mí también me conviene —masculló Greg, recordando que tendría una gratificación por llevar un buen número de hombres fuertes y sanos—. Con estos humanos agradeceré a mi señor».

—¡De acuerdo! —gritó el orco.

Los hermanos se miraron sorprendidos por la rapidez en llegar a un acuerdo. Reo empujó a los orcos subidos en el buey haciéndolos caer al suelo y a continuación dio una palmada al animal para que volviera andando al cobertizo, un camino que había recorrido muchísimas veces. No tuvieron que esperar mucho tiempo cuando media docena de orcos retiraron los

parapetos de la puerta Sur y les dejaron entrar sin mediar palabra. Una vez dentro de la empalizada, los hermanos vieron cómo por una calle, una veintena de orcos traían hacia la puerta a los habitantes de la villa. Un par de soldados se acercaron a los jóvenes, los registraron y les quitaron a todos sus armas, menos un pequeño punzón que llevaba Esteban en su polaina y que no llegaron a encontrar. Después ataron sus manos. Matilde fue empujada hacia el grupo de villanos, entre los que reconoció a su marido y corrió hacia él dándole un desesperado abrazo.

Todavía pudieron despedirse con miradas y gestos los padres de sus hijos, cuando estos últimos fueron conducidos hacia el interior de la villa al mismo tiempo que sus habitantes eran expulsados fuera de la empalizada con fuertes empujones y patadas. Los villanos, al sentirse libres, corrieron desesperados a esconderse al bosque cercano, aplastándose unos a otros en su paso por el puente, queriendo alejarse de allí. Una vez hubo salido el último de ellos, los soldados orcos volvieron a bloquear la puerta Sur.

Solamente dos campesinos no siguieron al resto en su alocada huida de la villa. Ambos, agarrados de la mano, avanzaron con cautela pegados a lo largo de la empalizada bordeándola por el Oeste, sin una idea clara de lo que debían hacer.

En el interior de la villa, los hermanos fueron conducidos junto a los demás jóvenes que yacían sentados, con la cabeza gacha, abatidos por la preocupación. Los cinco se apresuraron a informarles de que sus familiares estaban siendo liberados y esto les dio ánimos y les hizo sentirse mejor, a pesar de que su destino estaba por esclarecerse. Mas no tuvieron que esperar mucho para saberlo, pues, al toque de un cuerno, los soldados pusieron en pie a los rehenes a empujones y puntapiés, abrieron las puertas del Norte y los hicieron salir por allí agrupados en filas de tres.

Desde el extremo Noroeste de la empalizada, agazapados entre los arbustos de la orilla de río Rascae, permanecieron vigilantes Hiparco y Matilde, viendo con impotencia cómo arrancaban a sus hijos de sus vidas.

Una tercera persona se unió a la pareja. Se trataba de Eine, la novia de Roque, que sin dejar de llorar había seguido a los padres de su amado. Al verlos salir con la cabeza bien alta y mirando al frente, se sintieron orgullosos de ellos. Emocionados, pensaron que mientras se mantuvieran juntos estarían bien.

—¿Los volveremos a ver?—preguntó Eine casi en un susurro.

—¡Confío en que sí!—exclamó Matilde, apartando con la mano las lágrimas que enturbiaban su vista—, mas la angustia no se irá jamás de mi corazón hasta que vuelvan. —aseguró sabiendo que este lance no podría asimilarlo nunca.

—Deben seguir un nuevo camino ahora. ¡Espero que la fuerza y el valor no los abandonen!—deseó Hiparco.

—¡Ni siquiera he podido despedirme de Roque!—sollozó la joven, mientras veía salir en último lugar un orco a caballo con una gran capa blanca custodiado a sus flancos por fornidos guerreros.

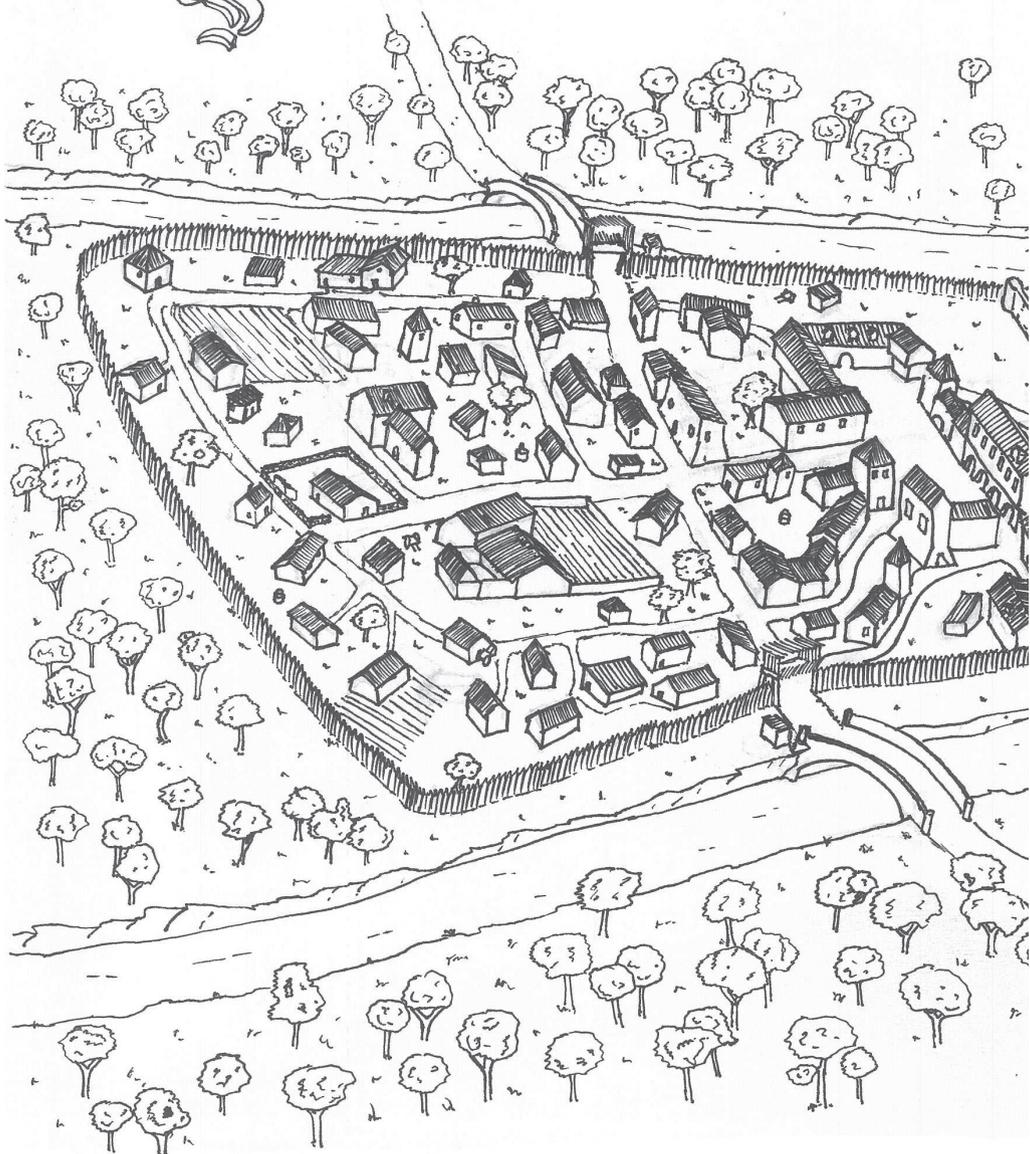
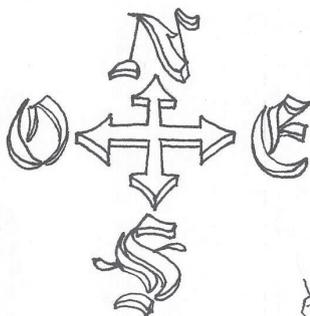
Eine se puso en pie y gritó con todas sus fuerzas.

—¡Que la furia del conde Aelfrico caiga sobre ti cuando se entere de esta injuria!

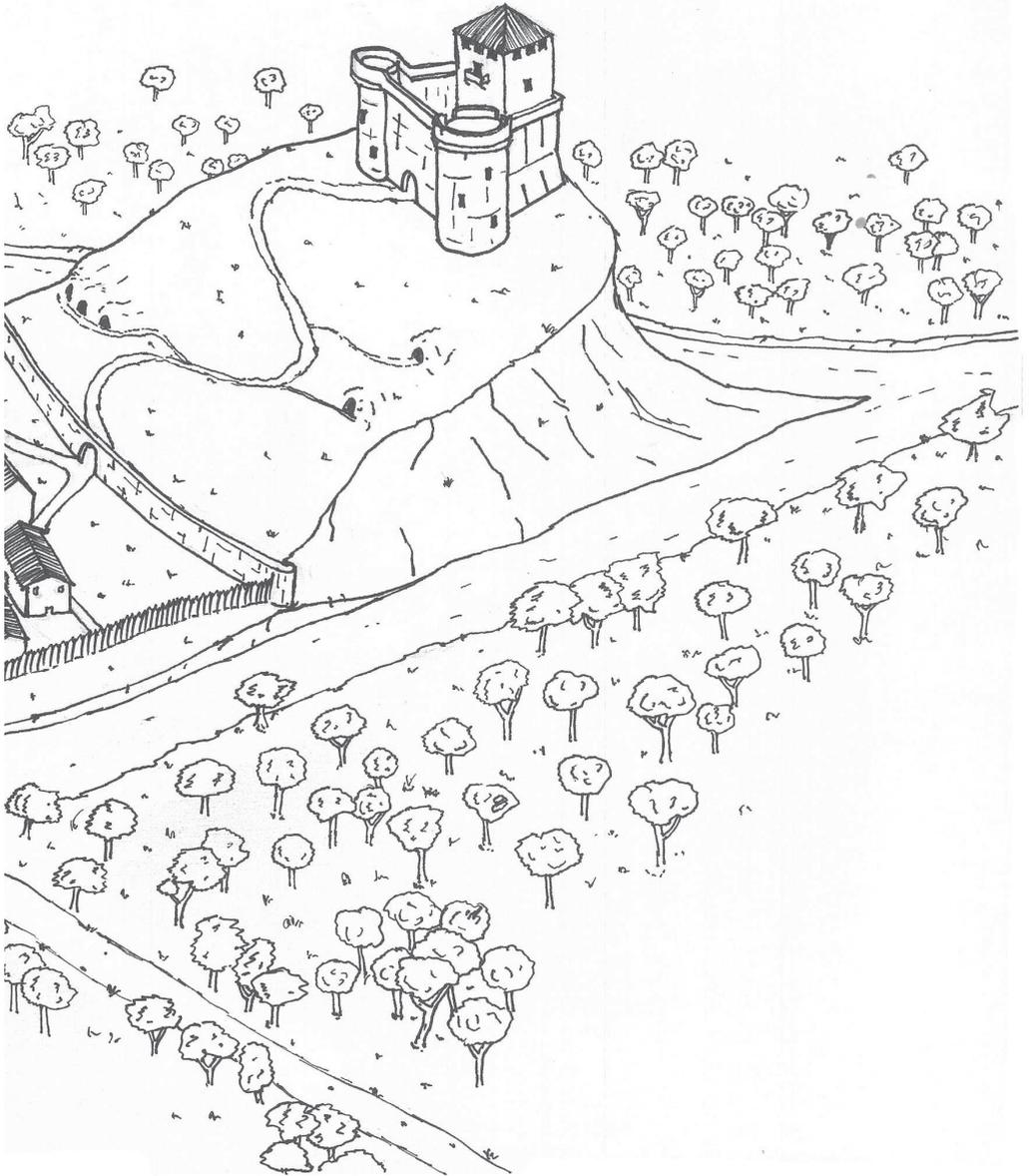
El grito de Eine sonó amenazador por todo el valle del río Rascae. El orco de blanco frenó su caballo y miró hacia donde había venido esa ofensa.

—¡Ja, ja!—rió Greg al ver a los tres humanos entre la maleza—. Vuestro conde ni siquiera se atrevería a levantar la mirada ante un pesquisidor real.

El orco levantó el gran cuello de la túnica que le ocultaba el pecho y mostró bordada en oro, ante el atónito trío, la insignia de Khron.



# Thelín





### 3

—¡**M**ierda, mierda! —gritó Aelfrico.  
Desde la torre del homenaje de su castillo, podía ver cómo se llevaban a más de un centenar de jóvenes campesinos de su propia villa. Enfadado, tomó la escalera de caracol que bajaba hasta el salón del trono. Su humor no era para menos. Uno de los ministros del rey, el pesquisidor real, le había hecho una visita sorpresa y lo encontrado no le había gustado nada. Que el condado de Alkintur casi no dependiera de Khronia, la capital del reino, le había llenado de rabia. Toda la noche se había pasado leyendo manuscritos relacionados con su grupo ministerial sobre las propiedades forestales, las recaudaciones del mercado y lugares de paso, los beneficios agrícolas y mineros, incluso los juicios realizados en los últimos años en los tribunales aldeanos.

La tarea del pesquisidor había empezado días antes sin que el conde, que andaba atareado en un viaje, se enterase de nada. Durante ese tiempo, el orco no había perdido el tiempo, pues había hablado con sus mayordomos sobre el peso y calidad de la moneda y se había asegurado de que no hubiera ninguna ceca ilegal produciéndola en sus terrenos. De todos era conocido

que estafar al rey se pagaba con la muerte. También había tenido especial cuidado en la cantidad de metal que tenían los herreros y había mandado a hacer un censo en el que se incluyera hasta la mínima herramienta, al igual que las rejas, herraduras, cuchillos y demás objetos de metal que tuvieran los grandes mansos para su explotación agrícola.

Aelfrico el Bondadoso se había sentido agraviado al oír de la boca de Greg que, durante los años en los que no había venido ningún ministro a observarle, se había convertido en un blando, dejando que sus campesinos se apoderaran de las tierras, y lo que es peor, liberándose de su estado de esclavitud. También

le había llamado la atención sobre las torres de vigilancia y defensas que había construido. Le mencionó que dentro del reino estaba seguro y que si aparecía algún peligro fuera de lo común, solo tendría que avisar a las tropas reales que patrullaban por el territorio. Además, si volvía a levantar alguna construcción que no fuera la mínima para frenar a los lobos en el invierno, sería acusado de traición contra el rey. Aelfrico dio un respingo. Ahora todo encajaba, el ataque a Thelín por parte de los dragones no había sido una cuestión de azar debido a su locura, había sido un escarmiento dirigido contra él.

Por último el pesquisidor real le manifestó su deber para con el rey de mandarle sus tributos cada año y seguir abasteciendo a Khronia con su magnífica madera. Le recordó la importante misión que cada conde debía realizar, pues ellos extendían la autoridad real por las tierras y el rey confiaba el gobierno de estas en su nombre. También un conde estaba obligado a ofrecer sacrificios al rey, ya que en época de necesidad el rey podía tomar de sus condados lo que quisiera, y en la actualidad este precisaba de humanos para su burgo. Después de que un escriba anotara los registros oficiales que serían presentados ante el

monarca, el pesquisidor real aconsejó a Aelfrico que se mantuviera en el castillo con sus tropas y que no se interpusiera en sus acciones.

Justo antes de amanecer, Greg bajó hasta las puertas de la torre del homenaje acompañado del conde. Allí le entregó en mano, antes de que varios orcos cerraran la entrada al castillo, un pergamino lacrado con el sello de Khron, conteniendo sus instrucciones a seguir para los siguientes meses o incluso años. Minutos después de que el ministro partiera hacia la plaza fuerte de la villa, el aristócrata y su séquito pudieron ver a través de los ventanales del salón de ceremonias cómo la gran tropa de orcos, que acampaba varios kilómetros al Norte, entraba sin resistencia en Thelín, apresando a los habitantes que habían pasado la noche en las cuevas excavadas al cobijo del castillo. Al momento, todas las campanas de la villa dieron la alarma.

Largas y terribles parecieron a Aelfrico las horas hasta que los gritos y los llantos se hubieron acallado. Al bajar de la torre, esperó a que la quietud invadiera otra vez su cuerpo. Sentado en su trono, pensó en que debía salir a buscar a sus vasallos y siervos y explicarles lo sucedido. La situación era grave pues estos, habiéndose percatado de que su señor no había salido a defenderlos, estarían furiosos con él. Volver a obtener su confianza no iba a ser nada fácil, como tampoco iba a serlo el invierno próximo, con tantos brazos arrancados de las labores del campo, no solo de su villa, sino de todas y cada una de las aldeas y mansos que formaban el condado. Las cosechas no serían recogidas y una gran crisis asolaría la zona. Sopesando estos problemas llamó a su mayordomo. Le mandó que inmediatamente abriera todas las puertas de Thelín y que reuniera, con la ayuda de los soldados, a la gente que había corrido a refugiarse en los bosques cercanos.

Aelfrico había heredado su cargo, con el consentimiento del rey, tras la repentina muerte de su padre cuando tenía dieciséis años. Entonces era inexperto en la materia y su madre le puso bajo la tutela de un maestro, mientras ella momentáneamente ejercía de señora del condado. Ahora a sus treinta y cuatro años ya no necesitaba la supervisión de nadie, se había convertido en el hombre inteligente y responsable que despuntaba en su juventud. Le gustaba practicar la caza para mantenerse en forma y terminar así con la mala fama que tenían los condes de ser personas rechonchas dejadas a la vida suntuosa. Su altura era de un metro setenta y tres centímetros, correspondiente a la media humana, por lo que gustaba calzar zapatos de gruesas suelas de corcho para alzarse por encima de sus vasallos. Lucía un espeso bigote castaño y una melena hasta los hombros del mismo color, separada en dos por una crencha en medio. Los hombres que mantenían un cargo ministerial o ejercicio real tenían unas vestimentas impuestas por el rey pero Aelfrico vestía a la última moda siempre que esta fuera elegante. Conocidas eran por sus vasallos sus sobrevestas sin mangas de vivos colores abotonadas en un lateral por pequeños nudillos redondos. Sus cuellos semicirculares iban provistos de un corte al hombro para introducir mejor la cabeza, tras lo cual, el conde los cerraba con un lujoso broche. El atuendo, que llegaba hasta los tobillos, quedaba ajustado al talle por un cinturón sobre el que la sobrevesta caía, ocultándolo. Populares eran también sus coloridas cotas cortas de lana. En especial, las ostentosas mangas verdes y azules que quedaban al descubierto bajo la sobrevesta embelesaban al pueblo bajo, cuyas perennes camisolas blancas perdían su niveo color rápidamente. No era de extrañar que si el conde cuidaba tanto sus ropajes a la vista, también lo hiciera para sus prendas interiores. Sus cotas, abiertas en los bajos, caían

por encima de sus calzones de tela con perfiladuras laterales de seda, cuyas perneras le llegaban hasta un poco más abajo de las rodillas. Del fino cinturón que sujetaba esta prenda a la cintura, pendían también unas ligas de seda con correderas, que mantenían estiradas sus calzas negras y lisas, símbolo indiscutible de su suprema elegancia.

Aelfrico se dio cuenta de que llevaba todavía la polvorienta ropa de su viaje, estaba cansado al no haber dormido nada en toda la noche y el estómago le pedía algo de comer. De un tirón se desató el cordel enganchado al cuello de su sobrevesta y se desprendió del mantel que le cubría. Estaba confuso e irritado y no tenía claro qué hacer. Justo cuando se proponía ir a sus aposentos a lavarse un poco, vio a un paje que sostenía incómodo, en una bandeja de plata, el pergamino de Khron. Los pergaminos del rey estaban hechos de piel vacuna raída, adobada para darles consistencia, estirada y secada. Sin duda eran un buen soporte para enviar mensajes pues se conservaban bien una larga temporada. Titubeando en si debería abrirlo en aquellos instantes o no, se lo arrebató a su sirviente con un irreflexivo impulso, sintiendo al instante cómo el frío le recorría rápidamente las manos y se le oprimía el corazón. El poder y la magia del rey se percibían en todas las cosas que este tocaba, pero el correo era algo especial. Un poderoso hechizo acompañaba todas y cada una de las misivas del monarca y si alguien osaba romper el sello sin ser su destinatario, con el fin de leer aquella información privada, le acometía un mortífero frío por las manos, que se asentaba en su cuerpo, provocándole grandes temblores. El desdichado acababa expirando entre terribles gritos y convulsiones hasta quedar finalmente congelado.

Una cinta roja pasaba por pequeños ojales hechos en el pergamino rodeándolo como si de un cinturón se tratase. Una vez

ajustado el grosor de este, se vertía cera caliente sobre los extremos libres para que no se liberaran, estampando sobre la moldeable sustancia un anillo de oro, con la marca del rey cincelada. El conde tomó una corta y estrecha daga que su paje había dejado en la bandeja. Como cada vez que lo tenía que hacer, un extraño temor le invadió el cuerpo. Introdujo el filo entre el pergamino y las dos tiras, y lo deslizó con fuerza hasta seccionar cuidadosamente el sello y acabar así con el embrujo.

Más calmado ya porque no había pasado nada, desenrolló la piel y leyó el mensaje cuidadosamente, percatándose de la perfecta y bella letra de los escribas del rey. Al terminar el texto, ya tenía la solución para su temido discurso ante los villanos. Corrió hacia su habitación y se engalanó con una lujosa vestimenta blasonada.

La sobrevesta elegida estaba cuartelada por un cordón dorado a lo largo y ancho del cuerpo, el color de la prenda era del mismo color que el campo de su escudo de armas, también escudo del condado: cuartelado en cruz de oro y sobre un todo en campo sinople, primero, un roble, que reflejaba la fuerza y grandeza de los bosques; segundo, un hacha en barra con filo diestro en media luna contornada, representativo del poder del hombre sobre los árboles; tercero, dos columnas, pertenecientes al antemuro del castillo de Khron, obligatorias en todos los escudos de sus condes; cuarto, un caldero de plata, metáfora de la condición geográfica del condado, al que solo se podía acceder por su boca en el Norte. Por último, rodeando los cuatro cuarteles, bordadura general de sable cargada de siete bezantes de oro. Cuatro símbolos de distinción bordados en los cuatro escaques de su traje, que le aportaron inmediatamente el valor que necesitaba. Escogió una cota negra que combinara con el verde de su sobrevesta, calzas negras y zapatos del mismo color. Sobre

la sobrevesta una gran capa aterciopelada con los mismos emblemas heráldicos a su espalda bordados en oro, plata y sedas de colores. Finalmente se decoró su cabeza con su corona de oro de veintiuna puntas, rematadas en veintiuna perlas.

Cuando estuvo preparado descendió por las escaleras a la planta baja donde se encontraban las cocinas del castillo y un enorme salón que podía convertirse en almacén y estancia de los vasallos más cercanos en época de necesidad o peligro. Salió al patio de armas donde un paje le esperaba con su brioso y ligero corcel y su espada de gala con incrustaciones de pedrería. Montó en su caballo y salió rodeado por cinco soldados.

Abarcando su castillo, los cobertizos y los talleres, había una primera muralla de sillería; tras ella, un camino bajaba la empinada colina donde se asentaba la fortaleza y en cuyas laderas se ocultaban varias cuevas. Tras el ataque de los dragones, estas habían sido provistas con lechos y raciones de cereales para que sus villanos se mantuvieran ocultos si volvía la amenaza. Pasada esta retorcida bajada de unos trescientos metros, estaba la segunda muralla, igual que la anterior, pero con la particularidad de que cortaba el vértice de tierra que formaban los ríos Serilión y Rascae, su afluente, aislando así el castillo. Tras una franja de tierra baldía donde el conde había prohibido edificar, separando nítidamente la villa de la muralla exterior, empezaban las primeras casas. La plaza de la villa estaba detrás de estas y se podía ver desde esa franja baldía por dos calles que se abrían entre las casas.

Aelfrico entró en la plaza y se sorprendió al no ver a nadie. Nada más verlo llegar, un soldado que le esperaba allí corrió hacia él y le comunicó que los habitantes no querían volver a las calles por temor a otra encerrona y que preferían mantenerse ocultos en las lindes de los bosques, frente a la puerta Sur. El conde comprendió su reacción y tras una indicación a sus

hombres, la pequeña tropa se dispuso a ir donde estaban las gentes. Al llegar a la puerta pudo comprobar que los destrozos en ella eran igual de terribles que en la entrada Norte y experimentó un creciente odio hacia los orcos. Cruzó las ruinas y se aproximó al puente tirando de las riendas a su caballo con el fin de que se detuviera justo en el punto más alto de su curvatura. Subido allí y vestido con sus mejores ropajes deslumbró a sus siervos, dándoles valor para salir de la protección de sus escondites y acercarse a su señor. Cuando todos estuvieron a una distancia propicia para poder oírle, surgieron las preguntas.

—¿Por qué nos han atacado los orcos? —gritó un hombre al que todos reconocieron como el viejo Hilberto, el tejedor.

—¿A dónde se han llevado a nuestros hijos? —preguntó una mujer con lágrimas en los ojos.

—¿Cuándo volverán? —se oyó por el fondo.

—¿Dónde están los dragones? —gritó un niño.

—¿Por qué el conde no nos ha defendido?... ¿Acaso no se atrevió? —gritó Hilberto de nuevo.

Ante esa pregunta, varios de los soldados que se hallaban entre la gente se acercaron al viejo y tras mirarse entre sí, buscaron la mirada de Aelfrico para ver si quería que le hicieran callar. El Bondadoso entendió las miradas de sus soldados y aunque el anciano le había ofendido, comprendió la situación y con un gesto de su mano ordenó a estos que no le hicieran nada. Tras estas preguntas y múltiples comentarios que no terminó de oír bien, estiró su brazo diestro y lo cruzó de un lado a otro dando por finalizada la ocasión del pueblo para hablar. Cuando se hubo hecho el silencio absoluto, el conde comenzó su dictamen.

—Habitantes de Thelín no os preocupéis más por los dragones, no volverán. Esas dos bestias han sido atrapadas por los

soldados orcos... si no hubiera sido porque ellos estaban cerca, mayores desgracias habrían caído sobre nosotros —mintió Aelfrico—. Lamento la pérdida de los jóvenes que tan valientemente se enfrentaron a ellos a pesar de estar en inferioridad de fuerzas, por ello, nuestros centinelas tendrán un glorioso entierro y Thelín volverá a lucir unas nuevas y robustas puertas.

El noble hizo un silencio para comenzar con otro tema. En los ojos de la gente se percibía una gran inquietud y preocupación.

—Un nuevo sacrificio ha recaído sobre nosotros, pero no os asustéis pues este sacrificio del que os hablo es el más noble y hermoso que haya en el mundo: dar renovada energía y fuerza al mayor reino sobre la tierra, el reino al que pertenecéis, el reino que os protege, el reino de Khron —unos pequeños murmullos se oyeron entre la multitud—. En seguida lo entenderéis... Varios condados del Oeste, incluida la propia capital del reino, han sido atacados por extraños males a lo largo de los últimos treinta años. Males que no podemos ver, rápidos y letales, que cogieron al reino por sorpresa, acabando con muchos de los hombres que vivían allí. Las tropas de la capital impotentes ante este nuevo enemigo también fueron diezmadas y el rey, para no ver nuestras huestes debilitadas, tuvo que incorporar a las hordas orcas, ya que a ellas los males no les causaban daño alguno. Esa es la razón por la que han venido orcos a nuestra villa y no soldados humanos. Los orcos no son nuestros enemigos, sino nuestros compañeros en esta gran misión.

Esta última frase causó un gran revuelo entre las personas que fue sofocado por los soldados con gestos agresivos, pero sin llegar a más.

—No os inquietéis porque este mal no llegarán a Alkintur —continuó—, gracias a la virtud de los magos reales el peligro ha quedado eliminado del reino. El rey ha encomendado

a nuestros jóvenes el deber de ir a Khronia y repoblar las ahora tierras yermas. Sabe que las gentes de este condado somos fuertes y trabajadoras y quiere que nuestros muchachos, con su juventud y vigor, vuelvan a hacer resplandecer la capital. Los orcos los acompañarán hasta dejarlos en manos del mayordomo real. En Khronia todos nuestros hombres llevarán una vida sin igual, donde verán las mayores riquezas, las mejores construcciones y admirarán la más poderosa magia. Cuando estén allí asentados algunos volverán a visitaros para contaros su nueva vida; otros quizá, no querrán volver. Su trabajo nos ayudará a recobrar el orgullo y la fortaleza de antaño, y en unos años, sentiremos sus beneficios.

Aelfrico notó que la gente empezaba a relajarse. La explicación que les daba su señor, situado por encima de ellos con un atuendo impecable mostrando los emblemas del condado, debía ser cierta. Pero tras un semblante fiero, su señor se había guardado mucho de no decirles toda la verdad. Ninguno de los mancebos que se habían ido con los orcos volvería, pues el sistema de esclavitud del rey era rígido y duro, mucho más que el de cualquier conde.

Entre la multitud se encontraban Hiparco y Matilde con los corazones rotos. El discurso de El Bondadoso no les había calmado nada. El camino hacia Khronia no iba a estar adornado de pétalos de rosas, pues los orcos no tenían miramientos con nadie. Sabían de su brutalidad y podían imaginar que si un joven no fuese capaz de seguir la marcha, lo abandonarían a las bestias. Confían en que sus hijos aguantarían el camino pero temían que, con lo que había ocurrido a la puerta de su casa, los orcos los increparan. ¡Imploraban que sus hijos pasaran inadvertidos! Eine lloraba al lado del matrimonio pensando que Roque, con el paso del tiempo, encontraría a otra en Khronia y la olvidaría para siempre.

—Os diré una última cosa —irrumpió Aelfrico tras unos momentos de silencio—. Yo mismo os informaré sobre el estado de vuestros hijos, hermanos o padres a mi vuelta, ya que he sido convocado con mis tropas para un reconocimiento en Khronia la próxima primavera.



## 4

Los jóvenes de Thelín anduvieron con pesar por el camino del Norte, dejando a sus espaldas sus antiguas vidas. Los orcos los hacían andar deprisa para evitar problemas. Cuanto más lejos estuvieran, menos oportunidad le darían al conde para que reaccionara, si es que se le ocurría hacerlo.

Cuando Harún se hubo ido y su hermano Serón hubo traído la oscuridad y el frío, llegaron al campamento orco. Este estaba situado en un gran claro del bosque y para sorpresa de los humanos, parecía disponer de un cierto orden. Habían organizado el campamento en dos zonas rectangulares ubicadas en escuadra que dejaba un gran espacio cuadrado en el centro. Los hombres entraban en el claro encontrándose las dos alas hacia ellos como si fueran dos brazos abiertos esperando a darles un abrazo. Pasando por el extremo del ala Sur-Norte que quedaba a su diestra, pudieron ver grandes calderas puestas a calentar donde una docena de orcos echaban pedazos de algo que los villanos no supieron identificar. Al lado de las calderas tenían alineados al menos una veintena de carros de cuatro ruedas con provisiones para alimentar a un millar de seres durante

una larga temporada. Los carros estaban orientados al Norte en disposición de salir rápidamente de allí sin alboroto y con eficiencia, y además formaban un muro para evitar huidas al Este. En el otro ala Oeste-Este, mucho más ancha que la anterior, dormirían los soldados, pues ya tenían encendidas altas hogueras y pieles extendidas por el suelo a sus alrededores. En la mitad de esa zona se erguía una tienda de planta cuadrada, levantada sobre cuatro postes en las esquinas y uno más alto en el centro. Por su estratégica ubicación debía ser la tienda del ministro, que además cumplía con las funciones de general de las tropas. Desde su tienda hasta el fondo estaban almacenadas en más carros las armas: cimitarras, lanzas, arcos y mazas, todas ellas guardadas por orcos muy robustos. En el extenso cuadrado central, destinado a los humanos, los villanos pudieron comprobar que ya había allí más hombres de las aldeas cercanas a Thelín, sentados en el suelo, recuperándose de la caminata. Era posible que algunos de los que vivían al Sur de la villa, hubieran cubierto más de cuarenta kilómetros ese día. Salpicados por el terreno destinado a los humanos, se encontraban varios puestos de vigilancia orcos. La técnica que estaban usando para organizar el campamento había sido aprendida de los humanos, por supuesto, y esto indicaba el sorprendente grado de relación que tenían con ellos.

Greg sabía que no podía entregar a los humanos a su rey de cualquier manera, debía alimentarlos, vestirlos y no herirlos. El ministro consideraba a los humanos seres bastante débiles, pues enseguida se lastimaban, no tenían la curtida y fuerte piel de su raza y el cansancio pronto les inutilizaba. Pero los respetaba porque eran listos y astutos.

Todavía se acordaba de la primera vez que fue a Khronia y vio el enorme castillo de Khron, altísimo, fuerte, funcional,

estudiado hasta el más mínimo detalle, y construido por humanos. Miles de ellos habían participado en la tarea, y aunque uno solo no parecía que valiera mucho, entre todos habían realizado una obra colosal. La ciudad que se asentaba a sus pies no era menos que el castillo. Su organización le había impresionado. Se podía decir sin equivocarse que, desde que Khron había aparecido en el mundo, el reino de los humanos había crecido mucho en fuerza y poder, marcando cierta supremacía sobre otras especies.

Los orcos seguían ciegamente a Khron porque sus sentimientos les acercaban al Mal y no conocían a ningún ser que concentrase más maldad que ese humano. No se sentían utilizados aunque Khron se había servido de ellos durante generaciones, pues su inteligencia no rendía tanto como para pensar que estuvieran metidos en intrincados y oscuros planes. Simplemente vivían el momento. Las tribus orcas se habían dado cuenta de que desde que seguían a este líder les iba bien. Sus dominios habían aumentado y jugaban a su antojo con las demás criaturas. Greg no quería que cambiaran las cosas, así que preparó todo para que su misión se cumpliera.

Según iban entrando los hombres en la zona reservada para ellos, un par de orcos les desataban las manos, otros dos a continuación les daban un cuenco con comida y un último, mediante señas, los iba ordenando en su sitio. Los cinco hermanos tomaron sus cuencos y se fueron donde les habían señalado. Se sentaron en el suelo y dejaron escapar suspiros de alivio. Cuando hubieron descansado un rato prestaron atención a lo que les habían dado. De los cuencos salía un olor repugnante, su contenido por su poca viscosidad era ideal para ser bebido si no fuera por unos gruesos tropezones que debían ser masticados. Esteban miró hacia sus compañeros cautivos

para ver qué es lo que hacían con su ración, algunos de ellos decidieron no tomar esa comida, otros en cambio habían tomado un sorbo y eran invadidos por grandes arcadas, los que más lejos habían llegado se agarraban el estómago con las manos y hacían muecas de dolor.

—Yo no me tomo eso—dijo al fin.

—La verdad es que tiene una pinta repugnante —añadió Bertrán.

—A lo mejor si no le tomas el sabor y te lo tragas rápido—dijo Bénim oyendo rugir sus tripas.

Reo miraba a Roque que, tumbado en el suelo, descansaba. Los efectos del calmante habían pasado ya hacía algunas horas y en la última parte del trayecto el dolor le había vuelto al hombro. Quizá esta noche no pudiera dormir por causa del malestar.

—¡Hay que comerse eso! —dijo Reo, girándose hacia sus hermanos—. No sabemos cuándo volverán a darnos otra vez de comer, además, no podremos aguantar otro día caminando sin nada en el estómago y yo creo que quieren salir del condado cuanto antes. Aunque no tenga un aspecto sabroso, seguro que está lleno de energía.

Sin esperar a que sus hermanos reaccionaran, tomó su cuenco y de un trago se bebió la mitad del caldo. Enseguida cogió los trozos de lo que parecía ser carne, los masticó y se los tragó uno a uno. Por último sorbió el líquido restante y tras unos golpecitos en las costillas para eructar, dijo sonriente:

—¡Ya está!

Los tres jóvenes se quedaron atónitos, pero como su hermano permanecía calmado le imitaron con sus raciones. Pronto un intenso dolor les entró en el estómago doblándoles el espinazo.

—¡Mierda! —gritó Bertrán, mientras cruzaba los brazos apretándose la tripa—. ¡Esto me está derritiendo el estómago! —y en un intento de encontrar alivio se arrodilló y apoyó la frente en el suelo.

El ardiente dolor también afectaba a Reo pero, si se hubiera quejado, sus hermanos nunca se lo hubieran tomado. Las ganas de vomitar invadieron el estómago de Esteban.

—¡Tranquilízate, Esteban! —dijo Reo—, intenta no vomitar, dentro de un rato seguro que se te pasa el dolor.

Pero su hermano pequeño no pudo más y la comida volvió al exterior dejando al muchacho aliviado. Aun así, cierto fue lo que había dicho Reo, pues en unos minutos las tripas dejaron de revolverse y el calor concentrado allí se extendió por todo su cuerpo, aportándoles mucha energía. Viendo que los efectos de la comida orca aunque terribles al principio, revitalizaban a sus hermanos, Roque decidió tomar algo. Aconsejado por Reo sobre que el motivo de sus dolores era la carne, decidió tomarse solo el caldo, ya que temía que los movimientos bruscos de las arcadas le provocasen aún mayores dolores en el hombro.

Greg observaba desde su tienda la situación de los humanos. La consideraba graciosa. Sus débiles estómagos no les permitían comer. De vez en cuando soltaba una carcajada al ver cómo rodaban los hombres por el suelo entre dolores y quejas.

La carne que no habían podido reconocer era de gartra, el mamífero más grande que crecía en la espesura de los pantanos. Los gartras se parecían a los jabalís, pero a diferencia de estos, no tenían apenas colmillos ni pelaje. La luz no penetraba directamente en esos lugares y no necesitaban protección contra ella. Se alimentaban de plantas venenosas y su carne adquiría cierto grado de esa sustancia, pero para los gartras esto no era un problema pues sus cuerpos neutralizaban el veneno



y lo volvían a expulsar por el sudor y la orina. Su carne era muy apreciada porque acumulaba mucha energía para el invierno, cuando las temperaturas bajaban tanto que ni la abigarrada espesura donde se ocultaban servía para combatir el frío. Era en esta época cuando los orcos los cazaban. Como defensa cuando se sentían en peligro, estos animales usaban su gran embestida. Golpeaban con su dura cabeza después de una corta carrera y eran capaces de tronchar fácilmente la columna vertebral de un hombre. Los orcos podían comer la carne del animal sin peligro, ya que sus fuertes estómagos asimilaban los efectos del veneno rebajado por el animal. Pero a los humanos les provocaba un envenenamiento leve, que ponía a prueba las defensas de sus tripas. A pesar de esto, lo bueno del gartra era que su carne proporcionaba una vitalidad increíble, con la que se podía soportar grandes esfuerzos sin tener que volver a comer hasta el día siguiente.



Mientras Greg pensaba en esto, unos sonidos provenientes del cielo pusieron en alerta a todo el campamento. Graznidos espeluznantes bajaban hasta el suelo helando la sangre de humanos y orcos. A pesar de la oscuridad todos pudieron distinguir dos manchas negras que giraban en círculos alrededor del claro, descendiendo lentamente. Más de uno se tiró al suelo y puso sus manos sobre su cabeza. Las llamas de las hogueras se reflejaban a ráfagas en los vientres de las enormes criaturas. Cuando estuvieron lo suficientemente cerca, los asustados humanos comprobaron que su peor pesadilla se hacía real. Los dos dragones de brillantes escamas negras que habían fustigado al condado, se posaron al lado suyo, cerrando con sus cuerpos el cuadrado donde quedaban encerrados los hombres. Aunque el terreno fuera grande, ningún humano intentaría escaparse por el lado de los dragones. Estaba asegurado.



Las bestias quedaron a cuatro patas mirando amenazadoramente a todos los seres que allí había. Los humanos no aguantaban mirarlos a los ojos y se acurrucaban unos con otros esperando su final. Los cinco hermanos esperaban agazapados, con la barbilla pegada al suelo a que algo ocurriera. Al rato una misteriosa figura de compleción humana, ataviada con una larga túnica negra y una capa con capucha echada del mismo color, apareció detrás de los carros de abastecimiento y se acercó rápidamente al dragón más cercano. La expectación de orcos y humanos creció, incluyendo la de Greg. Avanzando con grácil paso por su costado, el extraño personaje fue pasando la mano por su cola y sus patas, acariciándolo levemente sin que este se inmutara. Cuando estuvo a la altura de su cabeza alzó sus brazos y comenzó a pronunciar incomprensibles palabras, haciendo que la bestia bajase su gran testa y se quedase mirándolo fijamente. También el otro dragón, percatándose al instante de la nueva presencia, inclinó su cabeza hacia la figura, atento a su retahíla de sonidos. Poco a poco ambos quedaron absortos. El volumen de la voz del ser encapuchado fue bajando hasta que acabó en un susurro que solo las bestias podían oír. Los dragones extendieron sus colas y se tumbaron apoyando su vientre en el suelo, mostrando así su enorme longitud, de al menos veinticinco metros. Adoptando una curiosa postura de descanso, cruzaron sus patas delanteras y reposaron sobre estas sus cabezas. La misteriosa figura dedicó unos minutos a hablar individualmente a las bestias y una vez hecho esto, se retiró desapareciendo tras los carros. Los dragones quedaron allí frente a frente, uno observando cómo chisporroteaba la hoguera más cercana y el otro bostezando mientras se acomodaba mejor.

El pesquisidor entró en su tienda tranquilizado. Alababa la valentía de aquellos humanos que eran capaces de entenderse

con los dragones, sabiendo que muchos de ellos habían sido devorados por aquellas bestias. Greg no conocía ningún detalle de la hembra humana que cuidaba de estos dos animales, solamente le habían dicho que era de las mejores en su trabajo. A pesar de su juventud, la maga había completado ya su formación en la escuela de dominaciones de Khronia colmada de grandes elogios. Los dragones nunca la habían desobedecido. Retirando de un tirón la ligera manta de su lecho, se dejó caer sobre un extremo de su colchón de plumas. Al orco le dolía en su orgullo que ninguno de su raza hubiera entrado en esa escuela y tener así que confiar en las artes de una humana. Aunque debía reconocer que su ayuda era indispensable para utilizar a los dragones como poderosas e imparables armas de ataque y también para que no convirtieran el campamento en su festín durante la misión.

La noche pasó sosegada, por lo menos para los orcos y los dragones, ya que los humanos apresados eran un manojo de nervios. Aelfrico no había dado problemas intentando que les devolvieran a sus villanos y estos no habían osado escapar. Justo antes de que Harún entregara su luz un día más, el campamento fue recogido y los humanos puestos en marcha.

## 5

La mañana había sido agotadora y la tarde tenía toda la pinta de continuar igual. Caminaban los humanos en filas de tres, formando una larga columna. Los llevaban atados por las manos y para mayor seguridad otra cuerda unía las ataduras de los tres. El cansancio se hacía presente en sus caras, ya que muchos de ellos no habían dormido nada, acumulándose con ello el agotamiento de la caminata de ayer. Los dragones habían desaparecido en cuanto un orco tocó un cuerno para que el campamento se levantara, y no les habían vuelto a ver, para alivio de los hombres.

A media mañana se les habían unido dos docenas de campesinos, elevando el número total a dos centenares. Montado en su caballo, el pesquisidor se complacía. Si todo iba así, antes de llegar a la torre de Aymeric, habrían recogido alrededor de trescientos cincuenta hombres. El condado de Alkintur era un terreno próspero en hombres y en materias, la pérdida de estos jóvenes no le supondría una crisis difícil de superar.

Algo le interrumpió sus pensamientos. El ritmo había decrecido considerablemente en los últimos minutos, y la velocidad era fundamental, así que se dispuso a recorrer la hilera de

hombres para ver si podía hacerlos andar más deprisa. Abandonando su puesto en la cabeza de la columna y custodiado por dos fornidos guardianes que nunca le abandonaban, cabalgó hacia el Sur con un pequeño trote hasta dejar a su espalda a su tropa de soldados. Tras un hueco que se había formado, venía la cabecera de la columna humana. Al ver a los tres caballeros y distinguir sus rangos, el orco encargado del paso humano, se apresuró a unírseles espoleando su caballo.

—¿Por qué este retraso en la marcha? —preguntó el ministro real.

—Los humanos andan cada vez más despacio... se agotan enseguida —respondió el corpulento soldado que por su pluma roja en el casco, indicaba su graduación de capitán.

—Todavía quedan dos días y medio para llegar a nuestro destino y no quiero que se conviertan en tres... Ya sabes lo que debes hacer —dijo secamente Greg.

—¡A sus órdenes! —gritó el orco con un ligero nerviosismo.

El capitán, llamado Druma, espoleó una vez más a su caballo buscando a su paso los hombres que provocaban el retraso. Su superior lo seguía en la distancia para ver su trabajo. Encontró a dos filas de hombres que hablaban entre ellos y les gritó al tiempo que hacía pasar su caballo muy cerca de ellos para que, el simple hecho de recibir un pisotón del animal, les animara a andar más deprisa. Realmente el oficial orco no sabía más de cincuenta palabras en humano y todas ellas eran órdenes, aprendidas para este viaje. Para demostrar su superioridad a los hombres, empezó a golpearles con el pie a medida que pasaba a su lado.

Escrutando los eslabones de la cadena humana, encontró en uno de ellos a un joven situado en el centro, que parecía andar porque los otros dos que llevaba a ambos lados, tiraban de él. Así que decidió darle un buen golpe para que despabilara.

Bordeándolos por la espalda, sacó una cinta de cuero atada a su cinturón, la sacudió al aire y lanzó su golpe. Pero, para su sorpresa, la cinta no llegó a chasquear contra el delgado cuerpo del humano, solamente cortó el aire. El hombre que iba a su diestra, de un pelo negro larguísimo, había saltado hacia delante tirando hacia sí de la cuerda que los ataba, arrastrando así al villano del centro. Esto enfadó mucho al orco que en vez de seguir golpeando al muchacho decidió hacerlo sobre su compañero. Dos latigazos recibió Reo en los brazos mientras se protegía. Al tercero, consiguió agarrar la cinta de cuero y de un tirón arrancársela de la mano al orco. Con movimientos rápidos la hizo un ovillo y la lanzó lejos del camino. Druma, furioso, hizo girar el caballo para que se encabritase delante de los hombres. Tenía la intención de aplastarlos, pero se vio interrumpido al ver a su superior.

—¿Qué pasa aquí? —gritó Greg, al tiempo que venía cabalgando hacia el tumulto.

—¡Estúpido humano!, ha logrado quitarme el látigo y lo ha tirado entre la maleza —dijo humillado el orco.

—Frente a mí sí que tengo a un estúpido, que se lo ha dejado quitar.

El pesquisidor miró al humano que había hecho tal cosa. Sorprendido, reconoció al hombre que había traído a dos de sus orcos atados a un buey; uno de ellos muerto. No tardó en encontrar a sus hermanos. El que iba en el centro era el pequeño, que parecía muy mareado y dolorido por los tirones que le habían dado en las muñecas, el tercero era el mayor, que llevaba un sudor frío y apretaba los dientes de vez en cuando. Se notaba que no podía esconder el dolor del hombro, provocado cuando uno de sus orcos lo derribó al suelo. Los otros dos que faltaban andaban en la fila de detrás y todos le miraban a los

ojos fijamente, esperando sus palabras. Sus miradas no estaban cargadas de miedo, había inquietud, expectación e incluso un poco de desafío, pero no, no temblaban.

«¡Mmmm! A pesar de que tienen todo en contra, no están asustados —pensó—. No habrá que quitarles los ojos de encima».

—No me olvido de mi soldado muerto a vuestras manos —dijo Greg en lengua humana—. Tampoco me olvidaré de vosotros.

El orco orientó su caballo hacia la cabeza de la columna.

—¡Ahora caminad!... ¡Rápido! —gritó con su potente voz. Hincando las espuelas en el vientre del animal, Greg avanzó al galope hasta colocarse otra vez en los primeros puestos.

Los cinco hermanos se tomaron en serio la advertencia del orco y movieron sus piernas con todas sus fuerzas para seguir el exigente nuevo paso que había impuesto el orco de la pluma roja.

Humanos y orcos caminaron hasta que hubo oscurecido, absorbiendo cada cierto tiempo nuevos hombres que habían sido apresados, alejándolos también de sus familias. El campamento fue montado exactamente igual que la noche anterior. Mucho fue el alivio que sintieron los hombres cuando les quitaron las ataduras y les dieron su tazón para comer, como también alivio sintió el campesino que había ido atado al lado de Bénim y Bertrán, al separarse de ellos. El miedo se había apoderado de él por estar junto a los jóvenes que habían quedado señalados por el líder orco.

La comida que dieron a los hombres fue también la misma que la noche anterior. Pero esta vez muchos más comieron de ella, incluidos Roque y Esteban, aguantando los dolores que les producía. Los dragones aparecieron otra vez provocando el terror entre los villanos, que presintieron que todas las noches los iban a tener que ver. El ritual de la maga se repitió y tras

adormecer a los dragones, los orcos y los humanos se dispusieron también a descansar.

El tercer y cuarto día fueron una repetición de los anteriores, pero estuvieron salpicados de desmayos por parte de algunos hombres que no lograban mantener el ritmo. Los hermanos presenciaron varios de ellos en las filas de sus alrededores.

Preparados para ello, los orcos llevaban un par de carros tirados por bueyes donde ponían a los hombres desfallecidos y esperaban su recuperación. Pero también se dieron casos en los que campesinos con problemas ya anteriores en las piernas o en los pies, por haberlos forzado demasiado, se habían provocado graves heridas o contusiones que hacían imposible su andar. Esto irritaba mucho a Greg que después de comprobar su estado los mandaba abandonar en las lindes del camino. ¡De nada servían esos hombres que eran incapaces de moverse!

Estos desdichados veían pasar la columna y perderse en la lejanía, sabiendo que estaban a más de tres días de camino de sus casas, con las piernas doloridas y sin nada que comer ni beber. Su sino hubiera estado claro de no haber sido porque las tropas de Aelfrico seguían a los orcos a medio día de distancia y los recogían, cargándolos en sus caballos.

A pesar del frenético ritmo que llevaron los hombres, no consiguieron llegar a la torre en cuatro días. La cuarta noche se cernió sobre ellos, obligándolos a pernoctar en medio de un campo de altas hierbas que permitía ver en el horizonte las luces del importante centro militar.

Viniendo desde el Sur y por su siniestra una larga hilera de montañas se había ido acercando hacia ellos los últimos días, hasta que acababa muriendo en una montaña muy especial, una montaña no creada por la naturaleza. Se trataba de la gran torre de Aymeric. Con su decena de plantas y su base en forma

de hexágono era toda una obra de arquitectura. Sus ondeantes estandartes amarrados entre las almenas que coronaban su cima se podían ver a kilómetros de distancia.

Nadie sabía quién había mandado construirla pues la colocación de sus primeras piedras se había perdido en la memoria. Lo que sí se sabía era que por su estratégica situación, que daba paso al condado de Alkintur, siempre había sido muy valiosa y muchas batallas habían tenido lugar en ella. Por ello, de su estructura original no quedaba ni rastro, pues había sido reconstruida en varias ocasiones. El último combate que se libró en ella, la removió hasta sus cimientos. Fue durante la campaña hacia el Este, que lideró Khron cuando era joven.

Existe una canción que aún puede oírse en fiestas y convites, ya que gustan de cantarla los juglares, que narra la espectacular batalla que mantuvieron el ahora rey y su ejército con el antiguo gobernador del territorio y sus tropas:

*De las veintiuna que fueron  
una provincia quedaba,  
último paso hacia el Norte  
todo por ella se daba.*

*Un gobernante rebelde  
confiado, loco y osado,  
al ejército hizo frente  
y en su torre fue sitiado.*

*La imponente fortaleza  
de armas la había colmado,  
pero el poder del rey  
había subestimado.*

Subido en esa colina  
nadie lo hubiera esperado,  
pues en la noche del sitio  
el recinto fue atacado.

Sin una pizca de miedo  
hombres y bestias cargaron,  
ayudados por arietes  
los portones derribaron.

Aunque su vida dejaron  
muchos de nuestros soldados,  
una gran brecha fue abierta  
por el frente y sus costados.

El gran patio fue tomado  
sólo la torre quedaba,  
en busca de protección  
la gente se refugiaba.

En su interior escondidos  
los rebeldes desolados,  
un frío oscuro sintieron  
quedando paralizados.

El rey decidió intervenir  
dominando el poder del Mal,  
concentrándose en su magia  
invocó un hechizo final.

Una corriente de fuego  
desde sus manos surgió,  
entrando por los sótanos  
hasta el tejado ascendió.

El cielo resplandeció  
con la gran llama de muerte,  
al enemigo venció  
haciendo al reino más fuerte.

¡Alabado seas, rey Khrón,  
majestad de majestades!,  
tuvimos desde ese día  
una de las dos mitades.

Con esta canción en sus mentes, muchos hombres trataron de dormir, a pesar de que las hierbas les proporcionaban un lecho mucho más cómodo que el duro suelo de las noches anteriores, los nervios que pasaron pensando en que saldrían de su condado, no les permitieron descansar.

## 6

**A**ntes de amanecer, el campamento fue levantado y orcos y humanos se pusieron en marcha. Greg estaba nervioso con su entrada en la torre. Sabía que los soldados humanos de Khron estarían allí, siempre vigilándolo, siempre juzgándolo.

Los orcos eran considerados seres inferiores por los humanos y esto molestaba mucho al ministro. Una frase oída demasiadas veces le resonaba en los oídos: «Los salvajes orcos, son incapaces de cumplir misión alguna. Todas acaban mal por su estupidez y fuerza bruta». Greg había luchado duro toda su vida por demostrar que los orcos podían ser tan trabajadores y competentes como cualquier humano y evitar que la idea que se tenía de ellos continuase en la mente de sus superiores. Solo así consiguió llegar a ser uno de los más prestigiosos sirvientes del rey. Trabajando duro, peleando fuerte, siendo leal al rey y expresando su astucia.

Greg contaba ya con cincuenta y dos años. No era un orco anciano pero ya no era un joven. Los orcos vivían más que los humanos, pues alcanzaban a vivir hasta los noventa años, cuando los humanos más longevos apenas alcanzaban los setenta.

El cuerpo de un orco apenas perdía fortaleza hasta los últimos años de vida, cuando comenzaba el verdadero deterioro de todos sus sentidos, en cambio los humanos, mucho más débiles, eran más propensos a perder su musculatura y su cabeza antes de llegar a ser ancianos.

La misión en la que trabajaba ahora no era una nimiedad. Cuando vieran los demás ministros y hombres fuertes del reino que los humanos requeridos llegaban a Khronia sanos y salvos, sus opositores se llevarían un duro golpe. Gracias a él, un orco, se restablecería el orden perdido en la capital del reino.

Meditando sobre estas cosas llegaron a las puertas de la fortaleza, iluminadas todavía con grandes antorchas a sus lados. Al momento, las dos grandes puertas se abrieron a la par dándoles la bienvenida. Dentro de la muralla se encontraba Leandro de Hincmar, hijo del conde de Hincmar, condado situado al Noroeste del reino.

Leandro debía tener unos cuarenta años y desde niño sabía muy bien lo que era un ejército, pues su padre, un gran guerrero, le había arrastrado con él a todas las campañas para que continuase con la tradición familiar. Después de una vida llena de triunfos, el rey decidió que su padre se había ganado el retiro del frente con todos los honores, y lo nombró conde de Hincmar y a su hijo le designó la guardia de la fortaleza de Aymeric, al mando de una guarnición de cincuenta hombres. Cubierto con una majestuosa capa azul atada a una hebilla remachada en su peto, bajo la que se vislumbraban sus guerreras vestimentas de cuero y espada al cinto, Leandro lució una amplia sonrisa al ver llegar al orco de la túnica blanca.

—Adelante, real ministro Greg, las murallas de la torre de Aymeric darán cobijo a todos sus orcos y hombres.

—Quedo agradecido por vuestra hospitalidad, lugarteniente Leandro, veo que lo tenéis todo dispuesto.

—Todas las obras en beneficio del reino, por pequeñas que sean, ensalzan nuestra esencia.

La columna comenzaba a entrar al tiempo que los primeros rayos de luz iluminaban el paisaje. Las órdenes fueron distribuidas con presteza y los soldados, los rehenes y los carros, fueron colocándose en las zonas preparadas para ellos.

Los campesinos eran dirigidos a una gran explanada junto a la muralla a la diestra de la puerta donde quedaron nuevamente retenidos. Los soldados orcos se dirigieron a la siniestra donde permanecieron a la espera de nuevas órdenes, mientras sus oficiales se acercaban hasta los talleres que había al fondo a saludar a sus compañeros humanos de mismo rango.

Greg y Leandro hablaban amistosamente situados a la siniestra de la entrada, viendo cómo, tras el último orco que entró, las grandes puertas, empujadas por un trío de hombres, se cerraban.

Pero la torre no quedaba aislada por ello, pues un túnel horadado en el muro continuaba abierto. Esta entrada situada en la cara Oeste de la muralla junto a la zona reservada para los soldados, apenas con la anchura de un carro, era un pasaje con bóveda de medio punto, provista de un par de rejas levadizas de hierro a cada boca, que podían ser cerradas rápidamente mediante la acción de una palanca y la liberación de unos contrapesos. Por ella transitaban los cocineros, lavaderos, afiladores y carreteros que abastecían con alimentos y enseres la torre desde Zesco, pues dentro del recinto había múltiples carpinterías, herrerías, establos y casas. Aunque solo fueran cinco decenas de soldados los que se mantenían destacados allí, Aymeric daba trabajo y hogar a centenares de familias.

Harún resplandecía con todo su fulgor cuando todo estuvo otra vez en calma, y sus rayos entraban por las pequeñas

aspilleras abiertas en la quinta planta de la torre, donde habían ido el lugarteniente y su invitado a tomar un ligero almuerzo. La sala donde se encontraban no era el comedor principal de la torre, pues este se hallaba en la planta baja y allí había demasiado bullicio para poder hablar. En esta ocasión, el lugarteniente había elegido una sala algo más confortable en su planta privada. No había grandes lujos en una torre militar, pero al menos Leandro había procurado decorar la estancia con algunos tapices de guerra y estandartes reales. Ambos tomaron asiento mientras un joven sirviente les ofrecía fruta y vino.

—Me parece que un hombre tan gallardo como usted no está hecho para quedarse de guardián de una fortaleza —insinuó Greg.

—Ciertamente la vida aquí es muy aburrida. Desde que por mandato del rey no nos aventuramos en los territorios del Este, la vida ha perdido parte de su gracia —Leandro suspiró recordando tiempos mejores y prosiguió—. Según tengo entendido, hace unos años un enemigo invisible barrió a la población de la capital y a gran parte de los soldados allí reservados. ¡Nos causó más muertes que haber perdido una guerra!... ¡Lástima que a ese enemigo no se le pudiera combatir con el frío acero de las espadas!

—Sí, ese enemigo que decís solo es visto por los magos y escapa a nuestros conocimientos.

—Es un mal que se aferra al cuerpo y la mente hasta que los consume, ¡mis antepasados nunca lo habían oído! Por lo visto solo ataca a los humanos, provocándoles los peores sufrimientos hasta la muerte. ¡Como un envenenamiento, pero sin haber comido nada! ¡Sin duda escapa a mi conocimiento!... ¡Cosas de magos! —exclamó Leandro.

—Pero ya no hay nada que temer, Khron es poderoso, ha

dominado al enemigo invisible y lo ha eliminado para siempre. Las campañas hacia el Este volverán pronto.

—¡Brindemos por ello! —gritó el humano.

Ambos tomaron una copa de vino de la bandeja que les dejase el sirviente, e hicieron sonar el metal con el brindis. El fresco líquido les dejó una agradable sensación al pasar por sus gargantas.

Después de comer y beber hasta que hubieron satisfecho su apetito, Leandro preguntó por la misión que el orco se traía entre manos.

—¿Cuántos hombres pensáis llevar a Khronia?

Greg giró lentamente su cabeza para mirar al humano.

—Hace una semana —continuó Leandro—, cuando se presentó vuestro mensajero con las órdenes de preparar la torre a vuestra vuelta por Alkintur, desconocía todo detalle sobre vuestros planes.

—Así debía ser —dijo el ministro.

—Supongo que los condes se opondrán a que les dejéis sin trabajadores para el campo —siguió preguntando el lugarteniente.

—Los detalles de mi misión no os conciernen, pero sabed que tengo pensado llevar a Khronia al menos a cinco mil hombres sanos y fuertes sin dejar por ello a los condados desabastecidos —dijo secamente Greg, haciendo recordar al guardián que era su superior.

—Está bien —dijo este, percatándose de que sus cuestiones incomodaban al orco—, decidme al menos cuándo partiréis —preguntó guardando las distancias.

—No estaremos mucho tiempo. Envié un destacamento al condado de Torviso para tomar los campesinos pactados, creí que estarían aquí ya, pero se han retrasado. A su llegada partiremos.

Realmente Greg pensaba que él era el que llegaba a Aymeric, al menos medio día tarde respecto a su lugarteniente y brazo diestro Óscar. Que todavía no hubiera vuelto con los hombres a pesar de ir con tres decenas de orcos solo significaba que había tenido problemas.

Sin dejar que Leandro de Hincmar se diera cuenta de sus preocupaciones, cogió una manzana y al tiempo que le daba un mordisco cambió de tema.

Mientras, en el patio de armas, formado por la fachada principal de la torre, dos grandes establos a ambos lados y la armería al frente, los soldados de la guarnición que habían estado aburridos durante varios meses de calma, se sentían alborotados ante la venida de tanta gente y con ganas de buscar diversión. Ávidos de historias de otros condados interrogaban a los orcos, pero estos carecían de ganas de hablar y además la gran mayoría no sabía hablar en humano.

Para ir animando a los orcos y aflojar las lenguas, pronto corrió el vino entre ellos a pesar de estar prohibido. Este precioso líquido era vendido en la casa de Cosme, un comerciante sin escrúpulos al que podías pedirle cualquier clase de objeto, ya que él lo encontraría para ti sin especificarte su procedencia; a cambio, eso sí, de un elevado precio. Así pues, Cosme convirtió el salón de su casa en una especie de taberna, para sacar provecho de la llegada de los soldados y estos, sin mucha oposición, se dejaron caer en sus redes. Sentados en los taburetes y en las mesas, y con copas de vino de más enturbiándoles el cerebro, los orcos comenzaron a chapurrear aventuras pasadas para deleite de los humanos. Las historias más absurdas comenzaron a tener gracia y sin que los orcos lo percibieran, los humanos se empezaron a reír, no de lo que contaban, sino de ellos. Una historia, en especial, tuvo más gancho que las demás, seguramente

por encontrarse el protagonista en la improvisada taberna. El relato trataba sobre un humano maniatado que había conseguido arrebatarse un látigo a un patizambo capitán orco a caballo, y además, con una insolencia exagerada le había hecho quedar en el más completo ridículo delante de sus superiores. Tras varios minutos de risas sobre su persona, el corpulento orco que llevaba en el casco una vistosa pluma roja, se puso en pie. Viendo que no podía desmentir la historia, solo quedó una manera de demostrar que no era un inepto. Debía encontrar al humano, vencerlo, someterlo y humillarlo. Una vez hecho, volvería a tener el respeto de sus compañeros. Druma se subió encima de una mesa, se quitó el casco y la coraza de cuero dejándose los guardabrazos y las grebas que le protegían los antebrazos y las espinillas y con los brazos en alto, clamó venganza con un gruñido. Vociferó a todos los que allí estaban para que le acompañaran y vieran cómo trataba él a los rebeldes, y señalando la salida con su mano diestra, saltó de la mesa y abrió la puerta de un empujón. Con paso firme y decidido, inició su búsqueda.

Los soldados humanos no necesitaron traducción de lo que había gritado, todos sabían lo que iba a pasar. Habían conseguido lo que querían; ver una pelea.

Los cinco hermanos se encontraban descansando sentados en el suelo. Esta vez las ataduras de las manos habían durado poco, para su alivio.

—Hoy creo que va a ser un día tranquilo —dijo Bénim mirando a su alrededor.

—La verdad es que los orcos nos hacen andar mucho, pero gracias a nuestra juventud podemos aguantarlo —dijo Bertrán.

—También respetan nuestro descanso y nos dan alimento. Su idea es mantenernos sanos —añadió Bénim.

—Pero yo echo de menos a nuestros padres... se habrán quedado tan solos—dijo entristecido Esteban—. ¿Qué será de ellos?

—Todos pensamos mucho en ellos, pero no te preocupes —le consoló Reo—, seguro que cuando terminemos lo que tengamos que hacer nos dejarán volver.

—Yo echo de menos a Eine, sus caricias y sus besos —dijo Roque con la mirada perdida—. Mis deseos de volver son cada día mayores.

—Intentad no poner os tristes, si no el camino se hará más largo y el tiempo pasará más lento —dijo Reo—. ¿Verdad, Bénim?

—Eso pienso yo también, además, vamos con nuestros amigos —respondió apoyando a su hermano.

—Eso no me reconforta —dijo Esteban—, apenas hablan.

—Lo que pasa es que su situación es distinta de la nuestra, ellos están viviendo una pesadilla —aclaró Reo—. Hay hombres que van solos, sin nadie que les anime, apenas comen y están la mayor parte del tiempo aterrados. Muchos han dejado hijos atrás y sufren por ellos. Somos afortunados por ir juntos, podemos compartir nuestros pesares y hacer la carga más ligera.

—Sí, es cierto —afirmó Esteban con los ojos llorosos.

El benjamín se levantó con un pequeño impulso y acercándose a sus hermanos se fue abrazando a cada uno de ellos, sintiendo cómo le devolvían con vigorosos apretones la confianza perdida.

De pronto, un murmullo empezó a crecer entre los villanos. El alboroto aumentó rápidamente hasta llegar también a los hermanos, que se levantaron para ver qué ocurría.

A lo lejos, una veintena de soldados, andaban entre los hombres, mirando detenidamente sus caras.

—¿Qué pasa? —preguntó Bertrán.

—No sé, parece que están buscando a alguien —respondió Roque.

Druma avanzaba a grandes zancadas apartando humanos a golpes, detrás de él, media docena de orcos miraban con los ojos entornados a los rehenes, y andando por el camino abierto por los orcos, al menos quince hombres avanzaban a trompicones entre risas y gritos. No tardó mucho Druma en ver a su presa y con paso firme se dirigió hacia él. Los cinco hermanos se empezaron a inquietar cuando se dieron cuenta de que iban a por ellos.

—¿Qué está pasando? —se preguntaron entre ellos.

—¡Mierda! Es el orco que intentó atacarnos hace unos días —respondió Roque.

En pocos segundos, los campesinos que había alrededor suyo desaparecieron, y en su lugar un corro de soldados los rodearon. Expectantes, en el centro quedaron los cinco jóvenes. Druma se introdujo en el círculo con ellos.

—Yo buscar tú —dijo señalando a Reo.

Este, sin decir palabra, se adelantó unos pasos dejando a su espalda a sus hermanos. Los soldados humanos alentaban al retador.

—¡Acaba con él! —jaleaban.

—¡Vas a pagar cara tu rebeldía, muchacho! —gritaban otros.

—¡Mátalo! —se llegó a oír.

Parece que la idea no disgustó al orco que, elevando la voz por encima del jolgorio, gritó:

—Yo matar a tú.

Una explosión de gritos alertó en ese momento a Greg y a Leandro que corrieron a mirar por una de las aspilleras al patio.

—¡Hay una pelea! Debo bajar ahora mismo —dijo Greg subiéndose la túnica para poder correr y bajar las escaleras mejor.

Aunque Druma tenía el cuerpo el doble de ancho que Reo y su fuerza era superior, acertar a un ágil humano yendo bebido no iba a ser fácil. Por eso cuando se abalanzó sobre el joven para atraparlo, solo consiguió coger aire entre sus brazos. En su segunda embestida asestó un puñetazo a Reo que, aun dándole de refilón, con los antebrazos metálicos que llevaba, hizo que brotara la sangre de la mejilla del villano. Este a su vez intentó cargar contra el orco, golpeándolo con el hombro en el costado tras una pequeña carrerilla, pero a pesar de dar un traspie él orco no cayó y de un puñetazo en la espalda hundió al muchacho en el suelo. Reo, un poco aturdido, no pudo evitar que el orco lo agarrara por su traje de pieles y lo lanzara contra los soldados, quienes, sin dejar de reírse ni un momento, lo empujaron otra vez al centro del círculo.

Viendo que su hermano estaba en gran peligro Roque se introdujo en la pelea dando el siguiente golpe con el brazo diestro en la cara del orco. Pero a Druma pareció afectarle poco y de un puñetazo en el estómago dejó a Roque retorciéndose en el suelo. Sin dejarle tiempo ni para respirar, Bénim entrelazó sus manos y llevando los brazos lo más alto que pudo, descargó un golpe en la espalda del orco que le hizo dejar escapar un gruñido de dolor. Dándose la vuelta dirigió un puñetazo a la cabeza del muchacho que, a pesar de protegerse con los brazos, no impidió que el terrible impacto lo tirara al suelo.

Como la pelea empezaba a estar desproporcionada, un orco amigo de Druma decidió intervenir empujando a Bénim cuando este se levantaba, derribándolo otra vez, lo que indujo a Bertrán a entrar en acción, dando al orco recién llegado una patada en el estómago con la planta del pie, lo que le hizo retroceder varios pasos.

Reo, que se había levantado, intentó derribar otra vez a Druma usando para ello todas sus fuerzas. Si conseguía tirarle al suelo, sus puñetazos dejarían de ser tan destructivos. Pero al tiempo que iniciaba su carga, Roque, que acababa de levantarse, atacó también a Druma, recibiendo la mayor parte del golpe de su hermano, lo que hizo estallar en carcajadas a los soldados. En ese momento de confusión el poderoso orco cogió a Reo por la espalda, propinándole un fuerte abrazo con la intención de romperle todos los huesos. En su desesperación por lo que estaba viendo, Bénim dio una patada en la espinilla a Druma golpeándose con su protección de hierro, haciéndose más daño él, que el orco.

Con el bullicio nadie observaba a Esteban, que aprovechó para sacarse de su polaina el pequeño punzón que llevaba guardado desde que fueron a Thelín. No se había desprendido de él, a pesar de que le estaba causando algunas heridas en el empeine.

El compañero de Druma, que era más pequeño que este y más delgado, se batía a puñetazos con Bénim mientras que Bertrán intentaba soltar a Reo del abrazo mortal del orco. Tras recibir una patada en los riñones, el capitán orco soltó al joven, que cayó al suelo exhausto. Druma se giró sobre sí mismo y agarró a Bertrán de un brazo, retorciéndoselo al instante con afán de rompérselo. Y hubiera sido así, si no fuera porque el muchacho se zafó del orco girando acompasadamente con él y propinándole en cuanto pudo un codazo en el costado. Harto ya de recibir tanto golpe y con un labio partido, Druma pensó en acabar la pelea de un pisotón en la cabeza a Reo, matándole en el acto. Pero de lo que no se daba cuenta era de que su propia muerte estaba más cerca pues Esteban, armado de valor, iba clavarle su punzón en la nuca. Justo cuando el menor de los hermanos

alzaba su brazo, y se zafaba de la muchedumbre para saltar sobre el orco, una fuerte voz acompañada de los empujones que propinaban un par de soldados armados con lanzas, interrumpieron su ataque. Tres orcos irrumpieron en el círculo llamando al orden. Eran Greg y sus dos fornidos protectores, quienes separaron con violencia a los combatientes. Al instante el ministro real reconoció a los luchadores.

—¡Debí suponerlo, los humanos rebeldes...! —exclamó mientras giraba la cabeza para mirar a los orcos y continuó—, ¡y un par de soldados incompetentes! Pues sabed que no pienso tolerar reyertas mientras esté al mando ¿Qué es lo que queréis conseguir? —preguntó furioso.

Él mismo sabía de sobra que si moría algún hombre de esta forma, había muchas posibilidades de que los demás intentasen huir o se sublevaran, y más estando tan cerca de sus casas, con lo que más hombres morirían para nada.

Esteban, asustado, guardó rápidamente el arma otra vez en su calzado sin que nadie llegara a percatarse de ella, pues no había tenido oportunidad de usarla.

—¡Recibiréis vuestro castigo!... ¡apresadlos! —repitió la orden en orco y sus dos acompañantes empujaron a los dos orcos y a los cuatro hermanos que habían provocado el altercado, dejando libre a Esteban.

Todos pensaron que a los orcos, a lo mucho, les degradarían algún puesto; pero a los humanos les esperaban decenas de latigazos por haberse levantado contra los soldados. Salieron los nueve de la zona reservada a los rehenes y recorrieron unos metros, pero cuando se disponían a pasar por los arcos de la armería en dirección al patio de armas, tres orcos montados en grandes lobos de negro pelaje, entraron por la puerta de los trabajadores, provocando el pánico entre las gentes. El trío

de jinetes bajó de sus monturas junto a Greg, al que fácilmente reconocieron por la esplendorosa túnica blanca. Las bestias babeaban y sus ojos inyectados en sangre parecían que se iban a salir de sus cuencas. Sin duda estaban buscando agua. La carrera debía haber sido brutal. Los tres orcos vestían chalecos de piel curtida y calzones del mismo material. Unas botas de cuero muy bastas protegían sus pies. Imposible saber cuál era el color original de sus prendas, cubiertas por completo por el polvo del camino. Por sus rasgos parecían provenir del Sur. Un orco que llevaba su pelo negro recogido en una coleta y una cuidada perilla fue el primero en hablar.

—Os hemos estado buscando, Máximo, traemos noticias muy urgentes que comunicaros.

El título con el que se habían referido a él, indicaba que no seguían la jerarquía del rey.

—Pasad al patio, allí hablaremos.

Greg avanzó unos pasos y se giró en seco.

—¡Ah!, vosotros esperad aquí —dijo secamente mirando al grupo que, en esos momentos, ya había perdido todo el ánimo surgido en la lucha.

Greg desapareció junto a los tres nuevos orcos bajo los arcos de la armería, pero su conversación duró poco. El ministro real cruzó el edificio hacia el patio de armas llamando a Leandro, que apareció corriendo por la puerta de la torre. El orco, pasándole el brazo por los hombros, le dio media vuelta y ambos entraron nuevamente en la alta construcción. Los murmullos no se hicieron esperar en todos los rincones de la fortaleza. Varios orcos con altos rangos dentro de las tropas de Greg entraron también en la torre y al cabo de media hora nuevas órdenes fueron dadas. Al menos seis de las diez partes que formaban la tropa orca fueron movilizadas, unos ciento cincuenta orcos.

Habría una partida inmediata. Las yuntas fueron rápidamente colocadas en una docena de carros, los caballos fueron ensillados y el patio de armas fue invadido por una febril actividad.

—Leandro —dijo Greg—, os hago cargo del cuidado de los aldeanos hasta que mi lugarteniente Óscar regrese del Norte. En ese momento, él tomará el mando de la expedición para llevar a los humanos a Khronia.

Los grandes portones de Aymeric fueron nuevamente abiertos ante los primeros soldados ya dispuestos a comenzar la marcha. Greg salió montado a caballo del patio de armas cuando reparó en sus dos protectores vigilando a los cuatro hermanos y a los dos orcos.

—¿Qué hacemos con ellos, mi señor? —preguntó un guardián.

Greg los miró detenidamente.

—Quiero que todos estén cerca de mí —dijo finalmente—, así estaré seguro de que no estropearán nada y de que no acabarán muertos. ¡Vendrán con nosotros! ¡Lutor! —le ordenó a su protector—, además de estos, reúne un grupo de hombres fuertes hasta llegar a la veintena y dales a cada uno un saco con su equipamiento. Luego preparaos vosotros dos también para partir.

Esteban miraba desde la zona de rehenes lo que estaba ocurriendo. Sus hermanos no entendían lo que estaban hablando los orcos y miraban en todas direcciones. El muchacho vio cómo el guardián al que había hablado Greg iba hasta un carro, y sacaba varias bolsas provistas de una correa para llevarlas en bandolera y las ponía al lado de sus hermanos.

«¡Creo que se los van a llevar!», pensó Esteban, mientras empezaba a ponerse realmente nervioso.

El protector del ministro nuevamente se movió, dirigiéndose

esta vez hacia su zona, la zona de los humanos. El orco fue directamente hasta un grupo de hombres con el muchacho pegado a sus espaldas. Lutor sabía que estos hombres se habían unido a la marcha de los orcos por propia voluntad, estaban allí porque querían. Sus razones eran varias: muchos de ellos habían tenido una vida de desgracias; muerte de sus familias o pérdida de sus bienes, pero otros, en cambio, se unieron porque eran delincuentes y estaban buscados por el conde al haber cometido alguna fechoría. Unirse a los orcos era una buena oportunidad de escapar del condado. El orco seleccionó a dieciséis hombres, todos ellos corpulentos y curtidos e ignoró los gritos de Esteban que pedía que le escogiera a él. Los hombres elegidos y el orco salieron de la zona de rehenes y se unieron a los cuatro hermanos. Allí les fue dado su saco, con mantas, cuerdas, un pequeño cuenco y provisiones; pan y carne seca. Todo indicaba que las paradas para comer algo caliente se habían terminado.

Druma fue degradado a soldado de a pie y su compañero que ya lo era no recibió castigo alguno. Los dos orcos se unieron a todo correr al resto de soldados, contentos por quitarse de la vista de Greg.

El ministro se dirigió a los humanos desde lo alto de su caballo. Los campesinos, observando su imponente mirada, se sentían pequeños.

—Ya no se os pondrán ataduras en las manos, caminaréis en libertad, pero como alguno de vosotros se separe tan solo un par de metros del resto con idea de huir, recibirá la muerte inmediata por cualquiera de mis soldados. Mi misión ahora no es cuidaros. Necesitaré vuestro trabajo, y si alguno no cumple con él, morirá. No pienso cargar con inútiles. ¡Ahora... andando!

Las órdenes de Greg llegaron hasta los oídos de Esteban, provocándole un gran temor. Las manos y las piernas le temblaban

ligeramente y por unos instantes se quedó con la mente en blanco. ¡Se iba a quedar completamente solo! Una idea se le cruzó de repente. Podía correr hasta donde estaba el ministro, sacar el punzón y ponérselo al cuello pidiendo que lo llevaran a él también, pero se dio cuenta de que moriría antes de haberse podido acercar tan siquiera unos metros al líder orco. Los nervios se apoderaron de su cuerpo y, desesperado, comenzó a correr de un lado a otro.

Tampoco podían creerse sus hermanos mayores lo que estaba sucediendo. Se habían visto inmersos en una nueva misión orca completamente desconocida y que tenía toda la pinta de ser muy peligrosa. Una y otra vez lanzaban miradas a la zona donde tenían a los villanos pero no veían a su hermano, y eso era lo que más les asustaba.

Antes de iniciar el camino, Greg entregó a Leandro un pergamino con el sello de Khron, como hiciera con el conde Aelfrico. Una vez hecho esto, se despidió fugazmente y junto con sus dos guardianes y los tres temibles orcos montados en sus lobos, espolearon sus monturas para colocarse al frente de la tropa. El lugarteniente de Alkintur rompió sin dilación el sello, deslizando el dedo por debajo y desenrolló la misiva. Con un gesto de desaprobación, Leandro arrugó el pergamino y se dirigió a la torre. El rey volvía a ordenarle que guardara la fortaleza al menos hasta la próxima primavera.

Tras unos gritos marciales dados por el nuevo orco responsable de la columna, que lucía en su brillante casco una pluma roja, todos se pusieron en marcha.

## 7

**B**reg y sus guardianes personales salieron por la puerta bajo la embelesada mirada de los habitantes de Alkintur. Los cuatro hermanos, situados entre la columna de soldados y los carros de abastecimiento, comenzaron a caminar nerviosos buscando a Esteban. No podían irse de allí sin él, pero provocar otro altercado solo valdría para que alguno o todos acabasen muertos.

Esteban avanzaba entre la multitud de humanos curiosos que se habían aglomerado para ver partir a los orcos. Furiosos codazos y enérgicos empujones le hicieron falta para llegar a la primera fila.

—¡Eh!, ¡Reo!, ¡Bertrán! —gritó—, ¡Hermanos... no me dejéis! —las lágrimas no paraban de brotar de sus ojos.

Los soldados de Leandro contuvieron a la multitud, arrastrándola hacia atrás con ayuda de picas y alabardas. Pero Roque logró ver a su hermano y avisó a los demás.

—¡Esteban, vamos con los orcos! —gritó Roque—. Deberás quedarte aquí con los demás.

—Vendremos en cuanto podamos —añadió Reo.

—¿A dónde os llevan? —gritó desesperado Esteban.

—No sabemos, pero no te preocupes, estaremos bien —dijo Roque tratando de ser optimista.

—¡Cuídate y sé fuerte!, ¡iremos a buscarte! —fue lo último que pudo decir Reo antes de verse arrastrado fuera de la fortaleza.

Bénim y Bertrán solo pudieron hacer gestos de despedida moviendo los brazos sin poder hablar de la emoción.

Al desaparecer sus hermanos tras la puerta, una gran oleada de angustia invadió al muchacho. ¡Antes que quedarse allí, prefería la muerte! Observó que la columna se dirigía hacia el Oeste y las primeras filas de soldados se dejaban entrever por la entrada secundaria de los trabajadores. Nervioso y acuciado por las prisas, comenzó a elaborar un desesperado plan: debía escabullirse del cerco de soldados, llegar hasta el pasaje y salir de la fortaleza, después se escondería en uno de los carros y se iría con sus hermanos. Dando grandes zancadas llegó hasta el punto más cercano a la salida que pudo alcanzar, pero los soldados de Alkintur observaban a los rehenes con atención y Esteban no tuvo más opción que quedarse al lado de uno esperando su ocasión.

Sorprendentemente y ayudado por el azar, un fuerte golpe acompañado de un grito de dolor llamó la atención de la gente, desviando sus miradas. Un hombre algo ebrio que se había subido al tejado de su casa para poder ver salir la columna orca, se había precipitado al suelo al ceder bajo sus pies las tejas que lo soportaban. Sin pensárselo dos veces, Esteban aprovechó la oportunidad y con un rápido movimiento bordeó al soldado y avanzó hacia el pasaje con disimulo. Asustado, comprobó que no había nada por donde ocultarse hasta llegar a él así que, con un rápido impulso, cogió una brazada de paja que había por el suelo y deseó ser confundido con algún trabajador.

Sintió alivio cuando entró en la oscuridad del pasillo y el frescor le enfrió el sudor. El muchacho trataba de ocultar su cara con el fardo de paja y con ayuda de la sombra pasar desapercibido, pues le parecía que cada una de las personas que se encontraba por el corredor le miraba con suspicacia, que sabía de sus planes y que le detendría al pasar a su lado, pero nada de eso ocurrió y en unos segundos, que le parecieron eternos, llegó a la salida.

En ese momento pasaban frente a él, a una distancia de cincuenta metros, los seis últimos carros del convoy. Esteban pensó que estaba lejos todavía para correr hacia ellos, así que se puso a caminar paralelamente a los carros. No llevaba muchos pasos cuando se dio cuenta de que el ritmo de la columna iba tan deprisa que ya le habían adelantado un par de carros, y asustado comprobó que las oportunidades de subirse a alguno de ellos decrecían con rapidez. Apretó el paso y trazó una diagonal para ir acercándose al convoy. Esteban no quería dar la sensación de que estaba corriendo pero tenía que dar grandes zancadas para no quedarse atrás. Con la cara enrojecida por el esfuerzo de ir casi corriendo, con un fardo de paja en posición un tanto incómoda, Esteban se percató de que estaba ya a unos tres metros del último carro. Con cierto nerviosismo decidió que era el momento de tirar la paja y saltar lo más rápido que pudiese dentro del carro. En ese momento oyó desde las murallas de la fortaleza un grito que no llegó a entender. Sin atreverse a mirar atrás pensó que sería imposible que ese grito fuera dirigido a él, un crío, y deseó que con todos los campesinos que había dentro, nadie se hubiera percatado de su plan. Anduvo unos segundos más cerca del último carro y en un visto y no visto, arrojó el fardo de paja y saltó al carro. Tras el impulso quedó apoyado con un pie en la plataforma mientras que con su mano siniestra se aferraba fuertemente al lateral. Tan solo le quedaba dar

un último impulso para colarse dentro, cuando sintió de pronto que algo le agarraba de su camisola y que, de un fuerte tirón, le hacía soltarse violentamente del asidero, arrojándole de espaldas al suelo. Dolorido se revolvió para ver quién había sido, pero solo pudo intuir la rápida figura de un humano que le asataba un terrible golpe en la cabeza con el puño enfundado en un guantelete de hierro.

Mientras Esteban caía desvanecido en el suelo, los carros, inmutables, prosiguieron su marcha tras los orcos.

Los cuatro hermanos caminaban desolados y en silencio, nadie de la columna se había percatado del intento frustrado de polizón del muchacho, ni tan siquiera el orco que dirigía el carro. A lo largo de la mañana y hasta bien entrada la tarde, bordearon el extremo Norte de la sierra del Codo sin realizar ninguna parada. Los estómagos de los humanos empezaron a notar que la energía del gartra que habían comido ayer se agotaba al ser usada por sus músculos. El ritmo era más duro que cuando estaban con los demás campesinos, pero sin el malestar que les producían las ataduras. Con una mayor movilidad de brazos y sin la necesidad de tirar del más lento, el camino se iba recorriendo con más comodidad. En un momento determinado, se percataron de que la vanguardia de la columna se hacía a un lado del camino y que poco a poco todo el convoy quedó orillado a la diestra. Los cuatro hermanos detuvieron sus pasos ante la orden de un gordo orco con una pluma roja en el casco que recorrió la columna a caballo de principio a fin. Durante todo el día las lágrimas habían ido inundando los ojos de los jóvenes y varias preguntas aparecían una y otra vez en sus mentes. ¿Estará bien Esteban? ¿Hemos hecho bien en dejarle allí? ¿Qué diría madre si se enterase de esto? ¿Qué hubiera hecho padre? Bertrán se sentó en el suelo, y los demás le siguieron.

Apenas habían hablado entre ellos desde que comenzaron el nuevo trayecto.

—¡Esto es horrible! Siento que he traicionado a Esteban —dijo Bertrán, removiendo la arena con la mano.

—Seguro que está asustado, espero que se una a mis amigos —dijo Bénim.

—Ya, pero... ¿y si en los próximos días no come y se debilita? ¡Los orcos lo abandonarán! —replicó Bertrán mirando a todos.

—Será mejor no pensar en esas cosas —dijo Roque—. Seguro que se las apañará bien, ya no es un niño.

Sin que ellos se percataran, un orco de grandes colmillos se acercó e interrumpiéndoles de golpe la conversación gritó:

—¿Creéis que la comida se va a preparar sola? ¡Id a buscar leña para las hogueras ahora mismo!

El orco señaló con violencia los árboles próximos y se aproximó con grandes zancadas al siguiente grupo de hombres para que ayudaran a los cocineros a mover los grandes pucheros y tomaran de los carros los alimentos que necesitaran. Los muchachos se pusieron en pie de un salto y, abandonando sus sacos allí mismo, se dedicaron a recoger todas las ramas y cortezas que había por los alrededores.

Las sombras les envolvieron mientras finalizaban su tarea y maravillados vieron cómo de pronto los orcos encendieron grandes antorchas clavadas en el suelo, delimitando así la forma del improvisado campamento.

La cena fue algo excepcional, pues al contrario de lo que parecía, los cocineros orcos no hicieron su guiso de gartra, sino que cogieron de los carros los alimentos percederos que habían cargado en Alkintur y los empezaron a preparar con una rapidez prodigiosa. Los humanos se sintieron hechizados por los ricos olores que iban flotando alrededor del convoy.

Chuletas de cerdo a la parrilla, y ricas hogazas de pan fueron repartidas a las tropas, incluyendo además varias piezas de fruta, como manzanas y peras, en cada cuenco.

La moral de los orcos aumentó esa noche ya que, tras haber salido tan precipitadamente de la fortaleza, habían quedado algo desconcertados. Pero más todavía subió la de los humanos que comieron lo de sus platos, y hasta los restos que dejaron los soldados, saciando al fin su desmesurada hambre.

Tras la reconfortante cena, tanto a los orcos como a los humanos les invadió un placentero sueño, y recostados al lado de los carros, en la orilla del camino encontraron el descanso. Pronto, tan solo se escuchó en el campamento los pasos de media docena de centinelas, junto con el canto de los animales nocturnos.

Bien entrada la noche los centinelas vieron acercarse por el camino a una figura. Se trataba de un orco a caballo que venía al galope hasta que estuvo a una distancia prudencial del campamento, donde detuvo a su montura y se identificó. Los centinelas comprobaron que se trataba de un mensajero real, que traía un mensaje urgente para Greg. Un centinela le acompañó hasta la tienda del ministro y pidió a su guardia personal que comunicase al pesquisidor la visita del mensajero.

El gran orco tenía un sueño liviano, pues las grandes responsabilidades que tenía le impedían dormir profundamente desde hacía ya muchos años. Así que para cuando entró su guardián, Greg ya se encontraba en pie junto a la puerta.

El mensajero le entregó sin dilación un pergamino que traía cuidadosamente guardado en un estuche tubular de cuero duro, y tras una ligera reverencia se retiró dando cuatro pasos hacia atrás.

—Que den alimento y descanso a este orco —le ordenó al centinela que le había acompañado hasta la tienda.

—Como Máximo desee —contestó el centinela, y dicho esto le pidió al mensajero que le siguiera.

Una vez los vio alejarse y se hubo quedado solo, se acercó a una lucerna para observar el pergamino.

Greg sabía de sobra de quién era el mensaje sin necesidad de ver el dibujo del sello, pero de lo que dudaba era del contenido. Para eliminar sus sospechas se dispuso a leerlo inmediatamente. Pasó el dedo por el borde y rompió el sello de cera con dos leones contra pasando inscritos en él.

«Máximo, debéis disculpar mi tardanza en el regreso a la torre de Aymeric pero el conde de Torviso se mostró reacio en todo momento a mi estancia en sus tierras y en última instancia se negó a entregarme a sus villanos, aludiendo que, por ser sus tierras y montañas en buena parte yermas y hacer germinar las semillas requerirle mucho sudor y sacrificio, la falta de uno solo de sus villanos le provocaría muchas carencias en alimentos y recursos. Dijo de poder ayudarnos a cambio con madera y piedra, que allí abundan, así como con algo de dinero, a lo que yo no accedí. Así que tras yo insistirle en que todos los condados del reino debían de dar su tributo en villanos al rey y que ninguno de ellos quedaría sin hacerlo, osó expulsarme de su castillo. No contento con esto, mandó a sus tropas rodearnos a mí y a mis soldados y nos amenazó con atacarnos si no salíamos de su territorio inmediatamente. Solo la llegada de la maga humana y sus dragones negros le hicieron cambiar de opinión».

Greg interrumpió su lectura ofendido.

—¡Estúpido conde Braulio! ¡Quién se cree que es para expulsar a los soldados del rey! ¿Realmente piensa que puede desobedecer a Khron? Su acción será declarada traición.

Greg prosiguió leyendo.

«Tras ahuyentar a sus tropas que estaban en campo abierto e

incendiar su castillo, el conde enmendó su error e hizo llamar a sus aldeanos. En total nos entregó ciento cincuenta y cuatro hombres, todos ellos jóvenes y válidos».

—Eres un conde despreciable, indigno de tu cargo —añadió.

«He de informaros que durante el ataque al castillo, la condesa y varios de sus sirvientes que allí se encontraban murieron quemados. Juzgad mi señor si no es merecido castigo por sus actos. Mi llegada a la fortaleza de Alkintur acaeció poco después del mediodía, donde se me comunicaron mis nuevas órdenes. Tengo a buen recaudo el cofre con los pergaminos. Por mi vida juro que todos serán entregados y los hombres llevados sanos y salvos a Khronia.

Os deseo que resolváis con toda virtud la misión que os aleja de aquí. Se despide vuestro leal lugarteniente, Óscar».

Con unos rápidos giros de muñeca Greg volvió a enrollar el pergamino y se quedó mirando a las dos mitades del sello de Óscar. Las juntó con las manos para fijarse nuevamente en el dibujo y observó con detenimiento los dos leones, uno arriba mirando a la diestra y otro abajo mirando a la siniestra, rodeados por un doble círculo. Dos figuras iguales que miraban a lados opuestos, un símbolo que representaba a la perfección la personalidad del orco.

Pese a su nombre humano, Óscar era un orco. Era un orco joven, de veinticinco años, de piel verde pálida y de estatura mediana, equivalente a la de la media humana, no muy grueso pero robusto. Lucía una media melena negra y tenía la particularidad de que carecía completamente de barba y vello. Había nacido en el seno de una poderosa familia orca asentada en la periferia de la capital y desde pequeño siempre había mostrado una tremenda curiosidad por la raza humana. Le gustaban los trajes, las casas, las joyas, la comida, la música y en definitiva,

todo lo que proviniese de los humanos. Tanto era así, que los demás orcos pensaban que este orco estaba hechizado o que su padre realmente había sido un humano, cosa que aunque fuera totalmente imposible, gustaba de comentarse entre las malas lenguas. Gracias a intereses comunes establecidos entre las casas aristocráticas humanas y su familia, se le permitió aprender de los maestros humanos y relacionarse como uno más entre los hijos de los nobles, quienes cambiaron su nombre orco por el de Óscar. Ya nadie recordaba cuál había sido su nombre original, pues el orco eligió quedarse con su nombre humano. En su adolescencia, supo ganarse la confianza de los aristócratas de Khronia con una gran habilidad y astucia y paulatinamente formar parte de la élite en las tropas del reino. Su inquebrantable decisión y su poca indulgencia tanto con humanos como con orcos habían despertado el interés de Khron. Greg estaba seguro de que sería capaz de cumplir con su cometido y de mucho más.

Meditando en estas cosas y en los planes del futuro, el ministro real acercó el pergamino a la llama de la lucerna para que ardiera.



## 8

**D**urante los días siguientes, los hábitos de la marcha fueron cambiando progresivamente. Se andaba más por la noche y menos por el día. Los veinte humanos del pesquisidor real vivían día a día la transición, percatándose de que los orcos aumentaban su energía por el simple hecho de ver el oscuro contorno de Serón, mientras que en ellos iba acumulándose el cansancio.

Greg sabía que los humanos al llegar la noche perdían facultades y con falta de luz y calor reducían su rendimiento, pero la urgencia con la que debían dirigirse al Sur le hacía tomar esas medidas en beneficio de los orcos. Su naturaleza les convertía en seres nocturnos y sentían satisfacción en la oscuridad. Sobre todo después de haber estado tanto tiempo viviendo como los humanos, que les obligaban a seguir sus horarios. La sensación que tiene un hombre cuando se siente bañado por la luz y el calor de Harún es equivalente a la que siente un orco cuando el poder de Serón le rodea.

La falta de luz no era ningún inconveniente para los orcos, pues, con que hubiera un mínimo de ella les bastaba para reconocer perfectamente los objetos. Durante el día, el astro de

fuego amarillo Harún dejaba diseminadas por el cielo incontables partículas de luz que al anochecer absorbía su hermano Serón. Cada noche el astro de fuego negro recorría el cielo devorando las partículas de luz de su hermano, extendiendo su oscuridad hacia el Oeste, hasta que nuevamente aparecía Harún por el Este, llenando otra vez de luz el firmamento. Así que en las noches claras y a simple vista se podía observar cómo las partículas de luz, atraídas por la fuerza de Serón, se unían entre ellas convirtiéndose en finos rayos de luz que iluminaban fugazmente el cielo en su fatal trayectoria, hasta acabar muriendo en su profunda oscuridad.

El agotamiento de los humanos se hizo pronto apreciable, pero lo único que necesitaron fue tiempo hasta que sus cuerpos se acostumbraron a la oscuridad. El camino era sencillo y los carros llevaban colgando un candil para que vieses los bueyes en la negrura. Aun así, los villanos se pasaban la noche mirando al suelo para no tropezar o meter el pie donde no debieran. El trabajo de los hombres era siempre el mismo, montar y desmontar el campamento, preparar las hogueras si la noche era especialmente fría, reparar los carros y ayudar a los cocineros. También debían transportar bultos o tirar de los carros cuando estos se topaban con alguna dificultad que los bueyes no pudiesen superar solos.

Los hermanos se veían afectados por oleadas de desánimo y tristeza al irse alejando poco a poco de sus padres y de su hermano pequeño, de sus amigos, de sus amores, de su casa y de todo lo que habían conocido. Tras tres semanas desde que fueran arrancados de Thelín, los terrenos habían dejado de ser conocidos y las esperanzas de escapar de allí eran ya ínfimas.

Aún seguían recorriendo el camino que tomasen hacia el Sur, una vez hubieron bordeado la sierra por el extremo Norte,

dejando a su siniestra las montañas. Durante todo el día el cielo había amenazado con lluvia, aunque, de momento, todavía no había caído ni una gota. El viento soplaba fuerte y las nubes se movían rápidamente sin dejar que la luz las atravesase. De seguir así, la noche iba a estar sumergida en la más profunda oscuridad, por lo que Greg decidió aprovechar lo que quedaba de tarde para seguir avanzando. El camino, que se había mantenido prácticamente recto desde Aymeric, giró de manera brusca hacia el Oeste al encontrarse de frente con el caudaloso río Epea, cuyo torrente de agua bajaba de las montañas en dirección Suroeste.

Por la dificultad que entrañaba cruzar el río en ese punto con los carros, los orcos no tuvieron más remedio que seguir por el camino hasta que encontraran un mejor acceso.

Greg siempre mantenía a dos rastreadores en la avanzadilla para que le informasen de cualquier problema en el camino. Saber si era viable o no pasar con los carros era fundamental para mantener la velocidad que él quería. Así que, para cubrir más terreno y encontrar antes un paso, encomendó también a los tres jinetes sureños que se adelantasen a sus rastreadores y buscasen algún punto seguro por el que poder cruzar el río.

La columna continuó su marcha varias horas hasta que vieron a lo lejos un enorme bosque que se abría ante ellos. Enormes pinos, robles y castaños centenarios se acumulaban en un extenso terreno cuyo final no se podía intuir. El río y el camino se introducían en él quedando pronto ocultos a la vista. Una tenue y grisácea luz se reflejaba en el mar de hojas que se agitaba violentamente con el viento, provocando un tenebroso sentimiento en los humanos.

Al llegar a la linde del bosque, el ministro mandó detener la expedición. Los planos que llevaba Máximo no eran de gran

utilidad, pues no eran precisos y solo indicaban vagamente los nombres de algún accidente geográfico, algún núcleo de población y salpicadas por el plano, algunas distancias entre ellos. De este bosque solo ponía su nombre: Buérgano.

No hubo que esperar mucho tiempo hasta que los dos rastreadores volvieran informando que el camino se mantenía en buenas condiciones dentro del bosque, no había árboles caídos o tierras movidas y se podría proseguir la marcha. Así pues, mientras comenzaba a atardecer, la tropa se introdujo en la espesura.

Nada más avanzar unos metros, la oscuridad que allí reinaba se hizo notable. Los hombres avanzaban agarrados a los laterales de los carros para no perderse, mientras que los orcos tiraban de los bueyes para que no se parasen. Dentro del bosque y debajo de las inmensas copas, hacía mucho frío y la humedad del ambiente provocó que tanto los soldados como los humanos hiciesen uso de sus capas. Las hojas y ramas secas acumuladas en el suelo, se rompían con secos chasquidos al paso de las botas y las ruedas. El cielo no se pudo contener más y dejó caer con fuerza la pesada carga de agua que llevaba. Grandes gotas cayeron entonces sobre los carros y los soldados, tras haberse ido deslizando de hoja en hoja, golpeando sonoramente sobre los toldos y las armaduras.

Tras media noche caminando y con grandes riadas de agua atravesando el camino, que dificultaban enormemente la marcha del convoy, no tuvieron más remedio que parar forzosamente a su paso por la cima de una pequeña colina y aprovechar allí para descansar, acurrucándose unos contra otros a los lados de los carros.

—¡Roque! ¿Estás dormido? —preguntó Bertrán.

—¿Tú crees que con el ruido de la tormenta puedo dormir? —respondió su hermano mientras se tapaba como podía con la capa.

—Tengo miedo. Este bosque es un sitio horrible. No se parece en nada a los de nuestro condado.

—No te preocupes, el bosque parece peor por el tiempo que hace. Seguro que en un día floreado de primavera esto se ve de otra manera.

—No sé, me parece que... ¡Eh! ¿Has visto eso? —preguntó Bertrán alterado.

Roque se apartó la capucha para mirar a su hermano. Este tenía los ojos muy abiertos y señalaba a la oscuridad.

—No veo nada ¿qué pasa? —preguntó Roque.

—¡He visto algo que se movía! Ha pasado muy rápido. No sé dónde ha ido.

—Sería un ciervo o un perro salvaje.

—No... Más bien parecía... un niño.

—No digas tonterías, lo que necesitas es dormir.

De repente un grito puso en alerta a todos. Orcos y humanos se pusieron en pie intentando averiguar qué pasaba. Los soldados desenfundaron sus espadas y prepararon sus mazas. Mas ninguno de ellos cargó contra nada. ¿Cuál era la amenaza?

Greg se acercó corriendo al lugar de donde había surgido el grito. Allí pudo ver a uno de sus bueyes tirado en el suelo con las carnes abiertas y las tripas desperdigadas. Poderosos colmillos habían despedazado al animal en un abrir y cerrar de ojos sin que nadie hubiera visto ni oído nada.

El ministro mandó estar en sobre aviso a sus tropas y descubrir qué había pasado. Quizá bestias salvajes los estuvieran acechando. Tras un breve rastreo no se descubrieron marcas de garras o pezuñas, pero sí unas inquietantes huellas de botines. Sí, botines humanos de suela de madera, parecidos a los que llevan los niños aristócratas. Junto a las huellas de los botines había otras huellas de pie humano descalzo. Pies muy pequeños que

se perdían en la profundidad del bosque. Greg pensó que estos seres habrían estado observándolos en la distancia, pero, si se habían atrevido a acercarse tanto, era porque o no los consideraban peligrosos, o estaban muy desesperados. El terreno donde se encontraban no le pareció seguro para enfrentarse a una amenaza, así que decidió que lo mejor sería ponerse en marcha y continuar hasta que encontraran el anhelado paso del río.

El convoy se puso en movimiento rápidamente. Los orcos avanzaban con paso firme, prestando atención a todo lo que ocurría. Los hermanos no podían saber si los orcos tenían miedo o no, pues sus caras eran inexpresivas ante ese sentimiento. En cambio ellos estaban asustados. No sabían muy bien qué les estaba acechando pero estaban seguros que era algo que no habían visto antes. El orco de la pluma roja les había proporcionado una antorcha a cada uno para que estuviesen más seguros y pudiesen ver un poco mejor. La antorcha estaba rociada con un aceite maloliente que ardía lentamente y resistía bien el agua. La columna avanzó deprisa gracias a que los humanos empujaban y tiraban de los carros con toda su energía y pronto llegaron a un pequeño claro que se abría a ambos lados del camino en el que había tres casas, dos a diestra y una a siniestra.

No parecía que las casas estuviesen abandonadas, pero, aunque varios orcos entraron para buscar a sus habitantes, no encontraron a nadie. En su interior, todo parecía estar en orden y tan solo lograron hallar varios útiles desperdigados por el terreno, que indicaban que sus dueños eran leñadores. Sin entretenerse más en las casas siguieron caminando por el camino, que comenzó a zigzaguear entre las acumulaciones de árboles. El río, a su siniestra, se mantenía a un centenar de metros, pero la espesura lo ocultaba. Frondosa maleza crecía desde la orilla del río hasta invadir el sendero, donde las hierbas altas llegaban a

la cintura de los hombres. Los rastreadores informaron a Greg que el camino se ensanchaba, pero que se mantenía intermitentemente oculto por la vegetación, hasta unirse definitivamente con el río un par de kilómetros más adelante.

A órdenes de su general, el orco de la pluma roja dio cortos y rápidos toques con el cuerno para que la columna se mantuviera en movimiento, pero, apenas trescientos metros más adelante, el ataque se produjo.

Una horda de pequeños seres surgieron de entre las hierbas a ambos flancos. Sus gritos, agudos y feroces, congelaron el corazón de los humanos. Pero lo que más les aterrorizó fueron sus dientes.

Afilados y brillantes dientes que se podían ver entre la maleza como relámpagos en una noche de tormenta. Esos seres tenían una dentadura desproporcionada para su cabeza. Demasiado grandes para sus bocas, sus dientes sobresalían como dos largas hileras de puñales, creando una mortal sonrisa que partía desde casi sus orejas.

Sus cuerpos, menudos, parecidos a los de un niño de diez años; sus extremidades delgadas y la piel gris. Tenían las orejas minúsculas y carecían de pelo. Solo algunos lucían una pequeña pelusa en la parte superior del cráneo. Sus ojos, pequeños y negros, reflejaban una frialdad aterradora. Vestían con harapos de lo que debieron ser trajes humanos, camisolas y calzas; también botines, aunque algunos iban completamente desnudos. Eran fuggers.

En grandes oleadas atacaron a la formación de orcos saltando y corriendo, mordiendo y matando. Los orcos reaccionaron con rapidez y de grandes mandobles y golpes rebanaban cabezas y amputaban miembros. Aquellos que llevaban el escudo atado a la espalda, corrieron a desatarlo para colocárselo en el

antebrazo y demostraron pronto a sus atacantes la robustez de su redonda protección de canto reforzado en hierro, característica de las tropas orcas reales. No obstante, muchos de los soldados preferían luchar sin escudo, entre los que destacaba el enorme Druma que, agarrando una enorme hacha con las dos manos, partió a un hombrecillo por la mitad de un solo tajo. Pero aún, por muchos que al principio matasen, estaba claro que los orcos no podrían con todos y mientras estos se defendían por un lado, otros tantos fuggers les atacaban por el otro, y así, de grandes dentelladas, los orcos eran desgarrados por la espalda, las piernas o los brazos.

—¡Protegeos, soldados, son fuggers! —gritó el pesquisidor real mientras usaba con gran maestría su espada larga—. ¡Avancemos hasta el río, hay que evitar ser rodeados!, ¡Allí nos defenderemos mejor!

Por encima de los gritos de la batalla se pudo oír el cuerno que tocaba el capitán, indicando el avance hasta el río, y todo aquel que pudo comenzó a dirigirse hasta allí. Pero si difícil era abrirse camino para un orco ataviado con sus protecciones y sus armas, más difícil era para un humano portando tan solo una antorcha.

Los cuatro hermanos con los músculos tensos y el pulso acelerado agitaban sus antorchas para evitar que los fuggers se acercasen a ellos. A su lado un hombre les lanzaba piedras y todo aquello con lo que se encontraba, mas de repente, uno de aquellos feroces hombrecillos saltó sobre él. El hombre alzó instintivamente sus brazos para protegerse, pero el fugger, de un tremendo mordisco, le desgarró el antebrazo diestro, dejándole el hueso al descubierto. Tras un horrible grito de dolor y mientras se miraba aterrorizado el brazo, más seres se abalanzaron sobre él, ocultándolo para siempre.

—¡Cubrémonos tras un carro!—gritó Reo a sus hermanos.

Las antorchas no dejaban de moverse ni un segundo trazando grandes arcos en el aire. Bénim, apoderándose de otra que yacía por el suelo, avanzó hasta la yunta del buey y de una patada lo puso en movimiento, sacándolo de su terror. Dos fuggers acechaban a Bertrán en un lateral del carro sin apartar sus brillantes ojos de él. A uno de ellos le había propinado un buen puñetazo una vez que estuvo cerca, pero no había conseguido más que aturdirle un poco y tras unos segundos y un pequeño salto, el fugger se había colocado otra vez frente a él. Bertrán, agobiado, realizó un rápido movimiento y se metió debajo del carro arrastrándose con sus codos y rodillas a toda velocidad hasta el otro lado, seguido de cerca por los hombrecillos, mas cuando el primero de ellos quiso salir y asomó la cabeza, Bertrán le abrasó la cara con la antorcha. Mientras se retorció de dolor, la rueda de atrás le pasó por encima aplastándolo y acabando con su vida. El otro quedose quieto por la sorpresa y apareció por detrás del carro cuando este hubo pasado, pero Roque le esperaba con la antorcha en alto y de un tremendo golpe lo dejó malherido en el suelo.

Así la columna fue moviéndose lo más rápido que podía dejando atrás las altas hierbas. El buey al que azuzaban los hermanos avanzaba al trote pasando por encima de orcos y fuggers, con la lengua fuera y resoplando fuertemente por los ollares. De vez en cuando algún hombrecillo se abalanzaba sobre él, pero Bénim y Reo lo apartaban como podían, aunque no siempre lograban evitar que el pobre animal recibiera algún mordisco y ya escurrían de sus heridas largos chorros de sangre.

Los hermanos fueron de los últimos en alcanzar el río y desde lejos vieron cómo los orcos se apelotonaban al lado de una gran estructura oscura.

—¡Es un puente! ¡Hermanos, veo un puente! ¡Hagamos un último esfuerzo! —gritó Bénim.

El carro entró en terreno pedregoso. Grandes cantos rodados se acumulaban en el camino, provocando vibraciones y saltos, hasta que una de las ruedas delanteras patinó entre dos piedras y se hundió en el barro. Reo, que iba subido delante, no se pudo agarrar a nada y cayó de bruces al suelo. Aún aturrido por el golpe y mientras trataba de levantarse, vio caer al suelo, a unos pocos metros de él, a una enorme figura blanca. Se trataba de Greg, al que varios fuggers subidos en su túnica y su capa le habían hecho perder el equilibrio. El poderoso orco iba arrastrando al menos a seis. Greg rodó sobre sí mismo para deshacerse de ellos, consiguiéndolo en parte. Un par de ellos quedaron aplastados por el enorme cuerpo del ministro y huyeron malheridos, pero los otros tan solo se separaron para tomar posiciones. Sin dejarle tiempo para que pudiera ponerse en pie, uno de los seres atacó al orco impulsándose con un ágil salto, pero este consiguió cogerlo en el aire con las manos, a tiempo de evitar sus letales mordiscos. En el momento en que los otros tres se proponían a saltar, Reo se decidió a intervenir. Salió corriendo a la mayor velocidad que pudo y pegó un fortísimo puntapié al fugger que tenía más cerca, rompiéndole alguna costilla y provocando su inmediata huida. Sin detener su movimiento, cogió una enorme piedra y mientras gritaba todo lo que podía la lanzó contra otro de los fuggers.

Este, sorprendido, dio un rápido salto al tiempo que caía la enorme piedra a su lado sin llegar a impactarle, dejándole perplejo. Entonces Greg, aprovechando la confusión, agarró por una pierna al fugger que tenía entre sus manos y como si de una espada se tratase, golpeó a uno contra el otro, matándolos a los dos al instante, y provocando que el cuarto retrocediera.

Habiendo ganado con ello unos preciosos segundos, el pesquidor real recuperó su espada y tras realizar un rápido ataque acabó con la vida del último.

Tras lanzar una mirada penetrante a Reo, el ministro se dio la vuelta y se dirigió hacia su tropa.

Los hermanos, enfrascados cada uno en sus propios problemas, no habían visto nada de lo ocurrido. Desesperados tras sus vanos intentos de mover el carro, decidieron finalmente liberar al buey y correr hasta la orilla.

—¡Reo, deprisa!— gritó Roque.

No hubo que llamarlo dos veces. Reo cogió fuerzas y se unió a sus hermanos en una última carrera hasta los orcos.

—¡Por fin podremos marcharnos de aquí! ¡Crucemos el río cuanto antes!— dijo Bénim entre resoplidos.

Cuando se hubieron acercado lo suficiente y las sombras se hubieron desvanecido, se dieron cuenta de que ni un solo orco había cruzado el río. Todos estaban mirando con ojos incrédulos la estructura que se alzaba ante ellos. Efectivamente era un puente, pero un puente destruido. Solo se conservaba el inicio y el final a ambas orillas, pero por donde debía haber un paso, solo se veía un rápido y turbulento torrente de agua.

